

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 26 de Marzo de 1899.

Número 13



LA ELEVACION DE LA CRUZ.

P. VANDERVOORT.

BAJO RELIEVE DE LA IGLESIA DE SANTIAGO, AMBERES.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

En esta semana, como en la anterior, lo que resalta más sobre el fondo gris y monótono de los sucesos ordinarios es la nota roja del suicidio. Los husmeadores de noticias, galgos incansables, en persecución de la presa del escándalo, no se dan punto de reposo en esto de descubrir los móviles ocultos, los resortes íntimos que lanzan á una alma á la desesperación y á la muerte. Todo lo escudriñan los ávidos *reporters*; las relaciones de familia, las alegrías y desengaños de la víctima, su temperamento, su sistema de alimentación, sus lecturas; y no contentos con describir el cuadro á la Montepín,—la habitación en sombras, el lecho en desorden, el cuerpo en la última horrible contracción de la agonía, la mueca tragicómica de la angustia en la faz amarilla y seca,—entran en intimidades y pormenores del orden psicológico, sin que sea parte á detenerlos en sus investigaciones, hipótesis y tanteos, cierto compasivo respeto que en todos nosotros despierta el dolor hurraño, la desdicha misteriosa, la pena secreta que, en silencio, sin despedida, sin cómplices, abre la puerta de lo desconocido y le dice á una vida: escápate!

¡Admirables detallistas, narradores platerescos, que describen con inusitado lujo de líneas la complicada arquitectura de un espíritu enfermo! El público del periódico, romántico impenitente, burgués sentimental, saborea con exquisita delicia estos capullos denovela que le permiten fantasear un poco, mientras recorre, sin leerla, la compacta plana de avisos.

Desde hace varios años los *reportages* y gacetillas de suicidios aparecen, á diario, en los periódicos de la metrópoli; mas quizá nunca, como en estas semanas, se ha podido observar un doloroso fenómeno social; el pueblo se mata.

Nos han contado los noticieros cómo se arrancaron la vida, en estos últimos días, un artesano, una mujerzuela y un comerciante de última clase.

Este atentado contra la propia existencia en la masa popular que vive una vida primitiva, una vida de instinto, grosera, zoológica, sin reflexiones ni refinamientos, nos trae un hondo y extraño desconsuelo.

La epidemia ha cundido, la mala sabia no sólo marchita las flores, tuesta las ramas y pudre los frutos, sino que también seca y envenena las raíces. Los hombres de nuestro pueblo con sus pasiones salvajes, sus celos de macho y sus rabias de fiera, se enfurecen y matan. Tienen aún en el seno de la sociedad las costumbres reminiscentes de la selva. Pero la bestia nunca atenta contra sí misma. Ama su garra y su guarida y se aferra á la existencia como un tronco al terruño. Es capaz de todo por salvarse. ¿Cuándo se ha herido el león con sus propias zarpas? ¿Qué lobo se ha hincado los colmillos? Solamente se quita la vida el que piensa en ella, el que teme al dolor, el que pierde la fe, el desdenuado por la esperanza.

El mal de Werther no contagia sino á imaginaciones vivas, á frentes meditabundas y á corazones inflamados. Es un exquisito trastorno del pensamiento; es un delicado extravío del sentimiento. Es también, en muchos casos, una locura de imitación, una contagiosa fiebre de notoriedad y de fama. Los párrafos de gacetilla, las narraciones melodramáticas, los *entrefilets* espeluznantes, han atraído á buen número de incautos. ¡Qué dicha, inocentemente tonta, la de sacrificar la vida por un escándalo de prensa, que traiga en lenguas nombres oscuros y episodios vulgares! Pero esta degeneración burguesa la tienen quienes han estado suscritos al gabinete de lectura, y se saben de coro á Pérez Escrich, á Ponson du Terrail y á Fernández y González.

* * *

El indio analfabeta no conoce la idea de la muerte, del aniquilamiento, de la nada. En su fetichismo embrionario y nebuloso, tiene plena seguridad de vivir siempre. Sus ritos fúnebres, que parecen egipcios, lo indican bien; en torno de los sepulcros pone cada año viandas y golosinas, para que se alimente la materia inextinta, que no pierde nunca su forma, ni sus apetitos, ni sus deseos. El indio no puede ser cristiano: no se imagina almas sin cuerpo.

Su tosca y sangrienta idolatría se transformó en otra más bondadosa y más amable. Es melancólico por naturaleza, y además, por una larga serie de esclavitudes y miserias. Es un sometido, no un desesperado. Quiere vivir vegetativa y brutalmente, como está acostumbrado. Pero en la ciudad las primeras capas la han arrojado su miasma mortal; le han dicho: no sufras; mátate, y él ha obedecido, como suele, sin protestas ni análisis.

¿Será cierto que comienza á perder el instinto de conservación este primitivo? De ser así, tal síntoma de debilidad es alarmante. La dipsomamía popular, comienza á entrar en un período agudo de demencia. Dentro del lipemaniaco empieza á aparecer el suicida. Ya los sociólogos comienzan á observar este doloroso fenómeno.

Para mí—creo que lo he dicho en otra ocasión— existe alguno más desdichado que el que se arranca la vida: el que sobrevive á su desdicha. ¿Lo conoces? Del universo de las almas negras entresaco este tipo siniestro. Míralo atentamente.

* * *

Va por esos mundos, huesoso, enflaquecido, amarillento, apoyando en su endeble bastoncillo el torso en ruinas; moviendo como un *fantoche* las piernas extenuadas, que parecen de una sola pieza, y que sustentan con dificultad el pronunciado arco de la espina. Raído, mugroso, indefinible, lleno de colgajos y desgarraduras, cae el levitón de largos faldones.

Las botas, torcidas y empolvadas han tomado la forma de zapato chinésco, y el hongo que se yergue sobre la alborotada melena, tiene las extravagantes curvas de una gorra de saltimbanco. No pide limosna, míralo bien, transeunte desocupado y soñador; no es un mendigo de esos que te asaltan en el pórtico de los teatros y en el átrio de las iglesias; no es camarada de aquel ciego ébrio, de hermosa cabeza blanca—cabeza de Homero—que pasa junto á ti mascullando blasfemias, de la mano de su harapiento lazarrillo; no es amigo de ese indio monstruoso—Gwymplaine de bronce—que, acurrucado en el hueco de la puerta, exhibe sus llagas ante la multitud indiferente; no es compañero de ese mutilado de brazos y piernas que se arrastra, como reptil humano, por las calzadas del jardín público; no es amigo de aquella por Diosera greñuda en cuyo rostro, como en una máscara de ébano, ríe un dolor idiota é inconsciente, ni padre de aquella niña rubia que se acerca á los hombres para pedirles una moneda á cambio de una caricia obscena; no pertenece el huesoso, el enflaquecido, el amarillento, al hampa tenebrosa de las ciudades rebosantes, de los centros pletóricos; no ha entrado, en las noches negras, antorcha en mano, á la caverna iluminada, á celebrar la misteriosa liturgia de la Corte de los Milagros.

Míralo bien, soñador desocupado: esa cara de aseta, de barbas oscuras, lacias, opacas, como seda vieja colgada de un pergamino rugoso, esas pupilas febriles y llameantes, hundidas en la profundidad de las cuencas, como charcos de agua cenagosa que brilla en el fondo de las barrancas; esa nariz corba, como pico de águila, con algo de altivez borbónica, esa boca de cueva gesticulando no se sabe si en una sonrisa demoníaca ó en un sollozo eterno, ese triste entreciejo, esbozo de una mueca dolorosa, no piden socorro, ni mendigan pan; y sin embargo hay hambre en ese cuerpo, mucha hambre, hambre infinita como la de las *Bienaventuranzas*; sólo que no se parece á las otras, á las que fatigan al ciego, al mutilado, al idiota; no es necesidad fisiológica, lucha de carne, deseo orgánico, grito de la vida animal, furia de bestia.

El hambre de este joven envejecido, está mezclado de iras violentas y apetitos refinados, de orgullos satánicos y desprecios olímpicos, de exquisiteces raras y de ilusiones desenfundadas.


Dentro de esa ruina, decorada con harapos, vive un espíritu rebelde; dentro de esa ruina se desarrolla todo el panorama de la vida moderna. En esa memoria, transeunte desocupado, hay recuerdos que lucen como puntas de acero, días de riqueza, noches de orgía, montones de oro, chispeos de champaña, carcajadas de Mefistófeles y cantares de trovador; noche oriental, lluvia de pedrería, fuentes maravillosas de placer, fantasías de luz... que se desvanecen en la obscuridad de los calabozos y se desgranán y rompen en las rocas y abismos de una existencia.

Las horas de pena son muchas y muy largas; los orgullos poderosos y rebeldes, las memorias lucientes y preciosas, las ambiciones desmesuradas. Sobre el fango de esa vida, flota como una bandera de combate, la vanidad canalla de un caído.

Ese hombre huesoso y amarillento, es un fardo de odios y un venero de venganzas. Rechazaría la mano piadosa que le ofreciera un mendrugo, y estrecharía de igual á igual, la mano velluda que lo condujera á una taberna.

No pide nada. Ha comido, ha bebido, ha amado. Salió de la cuna para entrar en la orgía, y de allí salió para entrar en la cárcel. En el fondo de esa alma vigila un criminal. Es un Luzbel sin infierno, un Luzbel solitario, ese hombre de cara ascética y gestos demoníacos. Tiene la cobardía de la vida y el odio de lo bueno.

Como no puedes darle lo que necesita, aléjate de él y compadécete, más que al mutilado y al ciego, más que al indio suicida y á la mujerzuela abandonada, paseante soñador y contemplativo.



EL ARTE Y LA MORAL.

Parece ya cosa resuelta entre artistas, críticos y filósofos, que el arte no tiene por objeto predicar la virtud, inspirar horror al vicio, difundir y popularizar las buenas costumbres. A los pensadores compasados, severos, puritanos que precedieron á la Revolución Francesa y que predicaron que el arte es un medio de educación y de gobierno, que puede, si gusta ser pomposo, brillante y solemne como el culto; pero que debe ser austero y correcto como el dogma. á los tratadistas y legisladores reaccionarios de principios del siglo que deseaban ver convertida la pluma en palmeta, el tiento en férula y el cincel en disciplina y que vistieron al arte con la montera y las hopalandas del pedagogo y hasta, como Víctor Cousin, con el uniforme y el garrote del gendarme, han sucedido otros críticos, otros artistas y otros filósofos más desabotonados, más desparpajados y más bohemios que piensan y predicán que el único fin y el objeto supremo del arte es lo bello como el de la ciencia es lo verdadero.

Para éstos, y probablemente influidos por el principio económico de la división del trabajo, el hombre tiene tres aspiraciones y afecta á la satisfacción de cada una de ellas debe haber una clase social especial.

¿El hombre aspira á lo bueno? pues para servirle el bien á punto, y sólo para eso, está el moralista; ¿quiere conquistar la verdad? pues el matemático, el físico, el astrónomo deben investigarla; ¿quiere la belleza? pues que la cree y la busque el artista. La humanidad come, viste y calza y así se justifica la existencia y funciones de cocineros, sastres y zapateros y tan absurdo como sería exigir del remendón un plato de buenos macarrones ó al cocinero un frac bien entallado, es estúpido pedir al artista un principio de moral ó al científico una creación estética.

Al arte sólo hay que pedirle belleza, como calzado al zapatero; todo lo demás le es extraño é indiferente; la datura da frutos venenosos; pero es tontería exigirle los prodigios del melonar del Barón de la Castaña, que daba unas peras...!

Esta manera de ver parece definitiva y ya no hay, casi, quien de otro modo piense ni quien á otra opinión se afilie. Los partidarios de esta doctrina, á mayor abundamiento, han adoptado la táctica de Pilatos; si se les dice que el Aretino es obsceno y desmoralizador se encojen de hombros; si se les cita á Zola y sus extravíos pornográficos dan la media vuelta y ante el Baroncito de Faublas ó Teresa la Filósofa no estarían lejos de parodiar el ¿qué es la verdad? del magistrado romano y de largarse sin esperar la respuesta.

A mi me parece que la cuestión, lejos de estar resuelta, está aún en pié; que la doctrina, no de la libertad sino del libertinaje del arte, está fundada en falsas analogías y en un examen deficiente de la cuestión y he llegado á creer que la fusión completa de lo verdadero, lo bello y lo bueno, es la tendencia suprema, la aspiración última de la humanidad civilizada; que á ella deben propender moralistas, pensadores y artistas, y que así como el bienestar material es la meta de la industria y del comercio, la virtud universal el norte de lo moral y la verdad completa la brújula de la ciencia, así el arte debe propender y aspirar á ser á la vez bello, verdadero y bueno. Aspirar no quiere decir realizar, guiarse por una idea no significa lograrla; tomar como guía la estrella polar ó el polo no significa llegar al polo ni á la estrella. La tendencia al bien no quiere decir la realización del bien; pero no porque el mal sea eterno ha de ser principio de conducta el procurararlo. La fusión de lo bello y de lo bueno podrá no llegar á hacerse jamás, pero esto no será motivo para decretar su divorcio. De que el amancebamiento no puede extinguirse no se inferirá nunca que deba combatirse el matrimonio.

Claro que los partidarios de la libertad del arte no le prescriben la inmoralidad; pero al desligarlo de toda obligación á ese respecto lo estimulan á ella, como estimularíamos al vicio afirmando que el hombre es libre de practicarlo.

Que el fin inmediato y directo del arte no es llegar á lo bueno sino producir lo bello, es indiscutible; pero de ahí á inferir que tiene el derecho de no ser moral, que no es vituperable si no lo es, media diferencia; á tanto equivaldría como á so pretexto de que la moral no aspira á la belleza, el tolerarle que fuera repugnante.

A mi juicio, la conciliación se establece dentro de la definición correcta y sana de lo que es la belleza. En efecto; el hombre tiene gustos perecederos y aficiones transitorias que evolucionan, se modifican, desaparecen con el tiempo, con la cultura, con la civilización. Mientras una pasión, un acto, una idea, son gratos al hombre, su reproducción plástica ó su descripción literaria son bellas; en un pueblo caníbal cabe toda una estética repugnante para pueblos civilizados; los griegos celebraban en sus himnos y reproducían en su plástica sentimientos y actos de tal modo odiosos á los hombres modernos que no se atreverían á hacer con ellos una novela ni el autor de «Les Demi-Vierges» ni el de «Nana» y que hoy no hay pin-

tor ni escultor capaz de reproducir ni en la tela ni en el mármol. Los misterios del Vómitoriun romano no dan ya materia prima para ninguna obra de arte; todavía la embriaguez, la guerra, la galantería y el adulterio son buenas bases y buenos asuntos estéticos, porque aún no sentimos ante ellos la náusea que otras bellezas del pasado nos han llegado á inspirar.

Lo mismo se comprueba comparando la estética de los diversos países. El drama francés repugna á los ingleses porque tiene por eje el adulterio ó la galantería; la plástica anglo-sajona explota menos el desnudo, por pudor, que la latina. Si lo estético tiene de por fuerza que alhagar el gusto, que excitar determinados sentimientos, que despertar ciertas emociones y pasiones; es claro que si llega á excitar las pasiones contrarias y á procurar sensaciones opuestas deja de ser un arte para convertirse en una tortura. Rabelais hace una triste figura en una sociedad de temperancia y Boccaccio inspira repugnancia entre hermanas de la caridad.

Ahora bien ¿en qué sentido evoluciona la humanidad? ¿qué giro, aunque lento, qué camino, aunque tortuoso, qué sendero, aunque escabroso, siguen los sentimientos humanos? Pues no hay pesimismo que baste á negar que la evolución se hace en el sentido de la moral; todavía no somos buenos pero ya somos menos malos; acaso nunca alcancemos la perfección, pero algunas conquistas hemos hecho; subsisten vicios, malas costumbres y peores pasiones, pero se abren paso ya muchas virtudes; comienzan á implantarse otros usos y se propende á refrenar ó cuando menos á disimular las pasiones de otra edad.

Si la humanidad se perfecciona, si propende cada día más acentuadamente al bien, si la civilización desarraiga en su corazón los gustos dañados y las bajas sensaciones, á la estética no le queda otro recurso que «someterse ó dimitir.»

Zola es pulcro en comparación de Marcial; el Barón de Faublas es tímido al lado del Aretino y en medio de un aparente renacimiento del arte pornográfico se comprueba una positiva decadencia del arte inmoral. Las figuras y atributos que se conservan en el Museo Secreto de Nápoles figuraban en las calles y plazas de Pompeya; hoy no habría quien reclamara su exhibición pública, ni los mismos Robespierre ni los mismos Marat de la estética.

¿Por qué aún gustamos y gustaron durante el Renacimiento de ese género ambiguo de manifestaciones estéticas? Por un fenómeno de reacción. La naturaleza humana, como los cuerpos elásticos, recobra, después de comprimida, su forma primera, y algo más. El ascetismo medio eval, que es una moral falsa por contraria á las necesidades humanas, comprimido durante siglos todas las expansiones, despotizó los instintos, declaró en estado de sitio todas las necesidades. La naturaleza humana aherrojada, tiranizada, aprisionada en cárcel obscura y estrecha recobró un día su libertad; hastiada de quietismo aspiró al movimiento, harta de castidad se lanzó al libertinaje; después de tanto ayuno practicó la gula; y como toda reacción es exagerada tanto ó más que lo fué la acción, el Renacimiento fué lúbrico y pornográfico, porque la Edad Media había sido ascética.

En nuestros días el renacimiento de la pornografía puede atribuirse á un efecto del hastío. Después de la literatura melosa y dulzona de Lamartine se necesitaba un manjar amargo, como después del néctar se apetece el alcohol. Los gastrónomos literarios ostigados de manjares sanos, sazonados y delicados ponen asafetida en su róstbief y dejan *faisander* las aves. El decadentismo es un fenómeno de ese género; es algo así como el carnaval después del trabajo ó la orgía después de los desagrazos.

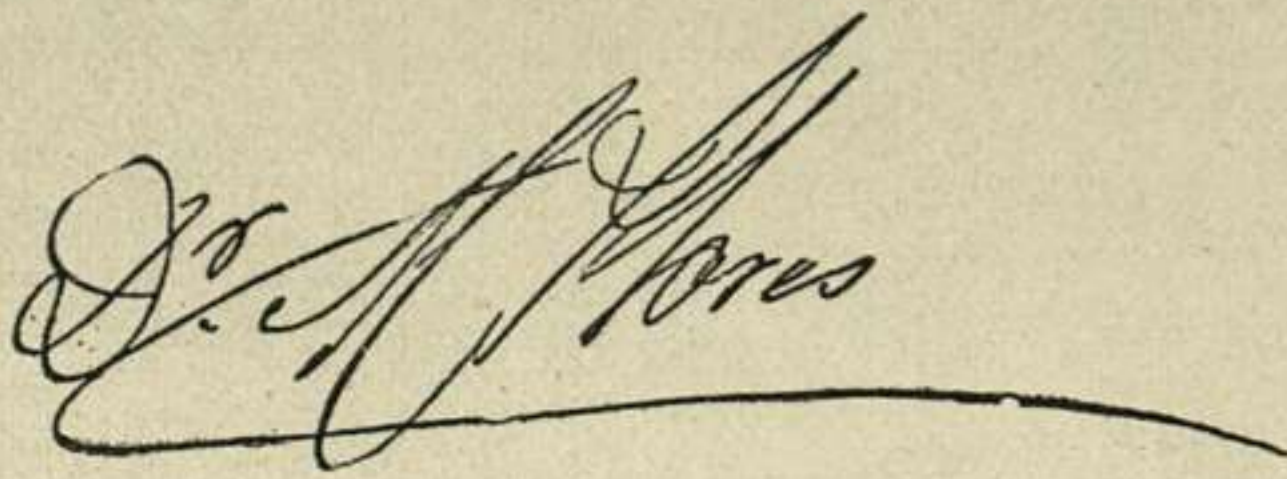
Son éstos fenómenos de desequilibrio siempre pasajeros, siempre momentáneos; la humanidad busca su camino y no lo encuentra, tantea en pos del bien y no lo alcanza; pasa de Scila á Caribdis sin encontrar mar libre y nada tiene de sorprendente que la barca cabecee, ruede, haga agua y que la tripulación se maree.

De todas estas consideraciones se desprende un hecho capital: el deber del arte de ser moral no lo impondrán los tratadados de estética; filósofos y moralistas serán impotentes para trazar al arte su ruta y abrirle sus cauces; pero lo que no podrán los dogmas, lo podrá la evolución del gusto público. Cada vez que se estrague y corrompa volverá á imperar el *divino* marqués de Sade; si las mujeres vuelven á los gustos, las tendencias y las costumbres de Margarita de Valois, triunfará Brantome; Marcial reaparecerá durante las decadencias de Roma y Zola florecerá al fin de todos los Segundos Imperios.

Pero aún con esas desviaciones y esos retrocesos, puesto que la marcha triunfal de la humanidad se efectúa en el sentido de lo menos malo, ya que no de lo bueno, el arte tendrá que ceñirse, que acomodarse al movimiento y secundarlo, ya que no precederlo; libre de seguir lo malo, tendrá que aspirar á lo bueno, y si la humanidad camina irresistiblemente en ese sentido, también tendrá que seguirla el arte.

Los tratadistas no prescribirán al arte el bien; pero el público se lo impondrá y no comprendo cómo

no haya de ser ley de un fenómeno la pendiente irresistible é irremediable que su evolución ha de seguir. Es, pues, ley del arte, la aspiración al bien porque quiera ó no quiera tiene que adaptarse al gusto público y éste se depura y perfecciona y propende á lo bueno con tanta energía como á lo verdadero.



RUINAS.

Cada vez que surge en mis recuerdos la grave silueta del viejo guarda que me mostró las ruinas de Herculano, siento vergüenza y envidia: vergüenza porque en unión de mis compañeros de viaje me ref de él á hurtadillas y del modo más cruel é injusto; envidia, porque á medida que pasa el tiempo me parece ver personificada en aquel hombre la conclusión última y suprema de la mejor filosofía.

Nuestras burlas eran hijas de la juventud, que es implacable, porque es frívola. Y por aquella mañana luminosa la juventud hervía como nunca en nuestros pechos; habíamos pasado en Sorrento algunas horas, y veníamos de ahí, bebiendo á raudales la vida, al través de nuestros poros abiertos á todos los perfumes que embalsaman el ambiente y á los cálidos besos del sol napolitano. Muy alegre el espíritu, en nada fijábamos la atención, y aún en las cosas más serias veíamos algo ridículo. Así, el entusiasmo respetuoso del pobre guarda por las ruinas que tenía á su cuidado nos mereció tan sólo risas mal reprimidas y rechiflas veladas con máscara de seriedad impertinente. Su admiración nos parecía hueca y postiza y hasta la creímos hija de un sentimiento bajo: grosero interés material, esperanza de una propina cuantiosa.

Cada una de sus explicaciones terminaba en un estribillo que, si primero nos chocó bastante, después nos caía en gracia, contribuyendo á exagerar el buen humor en que rebosábamos. El estribillo era decir que Herculano es mil veces más interesante que Pompeya. Y no había medio de rebatir las razones que daba en su apoyo; cuando alguno de nosotros lo intentaba, dejando asomar una duda, ó aventurando alguna observación, él respondía con palabras y gestos apasionados de réplica imposible.

La causa de sus preferencias por Herculano estaba, no en su fidelidad y celo de guarda, como supusimos en el primer instante, sino quizás en un sentimiento instintivo, común á todos los hombres, tanto más poderoso cuanto mayor es nuestra ignorancia, gracias al cual somos atraídos de manera irresistible por todo aquello que existe en lo indeciso de la penumbra, por todo lo que está en parte sumido en sombras, por todo lo que imperfectamente conocemos, y jamás conoceremos de otro modo. La imaginación suple en tales casos la impotencia de nuestros sentidos y la mezquindad de nuestro saber con todos los esplendores y galas posibles. En tanto que Pompeya ha sido en gran parte desenterrada, de Herculano sólo se ha descubierto un teatro, un templo y algunas casas construidas á orillas del mar. El resto de Herculano sigue escondido en un sepulcro de lava, soportando la humillación, tal vez eterna, de servir de asiento á Resina, la ciudad nueva, que alza con triunfo en el aire su fealdad de población moderna y pobre. En tanto que Pompeya extraída casi entera de su tumba, abre de nuevo sus puertas al viajero que pasa y ofrece su belleza desnuda á las caricias del sol y á las miradas del hombre, Herculano deja entrever apenas algo insignificante de su perfil de diosa. Coqueta divina, sólo permite filtrar la más débil radiación de su belleza al través de una pequeña rasgadura del manto de tinieblas que la envuelve, manto del misterio, esposo impenetrable, surcado de jeroglíficos luminosos, llenos de palabras intraducibles, bordado de sueños.

Pero si así puede explicarse el estribillo del guarda, no pueden explicarse de igual modo las palabras y los gestos de que el estribillo se acompaña. Mientras nos hace bajar al obscuro seno del teatro y se empeña en hacernos comprender la antigua disposición de éste á la vacilante luz de una bujía, ó cuando trata de representarnos lo suntuosa que fué en tiempos felices la célebre casa de Argos, sus manos jamás permanecen quietas: si no accionan con violencia en el aire, tocan las paredes, rozan los mosaicos y se pasean por las columnas, prolongando la sensación de contacto con una complacencia infinita, con cierta voluptuosidad extraña que ilumina la cara del viejo. Como si acariciasen las mejillas ó destrenzaran el cabello de una mujer amada, sus manos se deslizan por la superficie de grandes ánforas de barro cocido, medio clavadas en el suelo de una bodega, antes de perfumado aceite ó vino blondo. Sus miradas se posan tan

amorosamente como sus dedos en los objetos cercanos. De manera que el buen viejo, con sus hombros medio encorvados, la cara llena de arrugas, muy calva la cabeza y la frente del color y brillo de marfil vetusto, parece, en su entusiasmo entre aquellos escombros, gloriosas reliquias de la amable civilización pagana, una ruina de hombre, ruina viviente, enamorado de otras ruinas, frías é insensibles. Un lazo estrecho, quizás la tristeza común del esplendor pasado, une aquella ruina viva, de la que huyó para siempre la juventud con sus rosas y sus cantos, á las otras ruinas, un tiempo ciudad brillante, por donde pasaron destejando guirnaldas y rompiendo en himnos alegres bajo el cielo claro, sobre la onda tirrena, los festivales de los dioses.

Pero al lado de ese cariño y amor que el guarda profesa á las cosas en medio á las cuales vive hace ya mucho tiempo, cosas que, sin duda, por la fuerza del hábito, por el hecho de tocarlas y verlas incesantemente, forman parte de su alma, hay cierto desdén olímpico, digno de respeto y no de burla. Con desdén y menosprecio nos habla de Portici, Resina y sus habitantes, y sin creerse obligado al disimulo, por encontrarse en presencia nuestra, con el mismo desdén y menosprecio habla de los viajeros que van y vienen por el suelo de Italia, paseando por entre los venerables restos del mundo antiguo su curiosidad frívola y tonta de profanos burgueses. ¿Teme acaso que la vulgaridad, la lengua y el pié del ignorante manciullen aquellos sitios sembrados de memorias ilustres? ¿O no será el viejo guarda, como he pensado á veces, un hombre que ha llegado, al través de una existencia llena de dolores, colmada de pesadumbres, al convencimiento de que es mil veces preferible al amor de los seres, inquieto y azaroso, el amor de las cosas, tranquilo y sin fiebre?

¿Por qué no suponerlo? Fatigado de la vida se acoge á la serenidad inmutable de las cosas. El amor de los seres, á lo menos el amor de los hombres, es fuente inagotable de amarguras, perpetuo martirio. A cada punzada suya brota en el corazón una abundante eflorescencia pálida de celos y tristezas. Cada uno de sus ratos felices lo purgamos con dolores sin término. A su influjo despiertan en nosotros mil pasiones pequeñas, bajas y tristes, que poco á poco nos impregnan como de un veneno sutilísimo. Suspica, temor, celos, mil angustias y mil cobardías nuevas nos asaltan, y á veces el odio surge en el fondo del alma, agitando su múltiple cabeza de hidra.

Al amor de las cosas podemos, al contrario, acogernos como á un regazo muy suave. Amando á tierra, el polvo, todo aquello de donde venimos y á donde tarde ó temprano volveremos, nos libertamos de un poco del dolor acumulado en nosotros por la lucha de la vida. El amor de las cosas es firme y sereno como las cosas mismas. De éstas no tenemos ingratitud ni falsedades. Se dejan acariciar por nosotros; y no corresponden á nuestras caricias con palabras huecas ni golpes traicioneros. Nos dan todo lo que poseen: forma, color, belleza, y nada nos exigen en cambio. No se corrompen, no varían, jamás engañan. No tienen labios para mentir y dar besos alevés; no tienen corazón mudable, ni alma falaz, nido de víboras.

M. DIAZ RODRIGUEZ.

EL CRISTO DE BAZZI

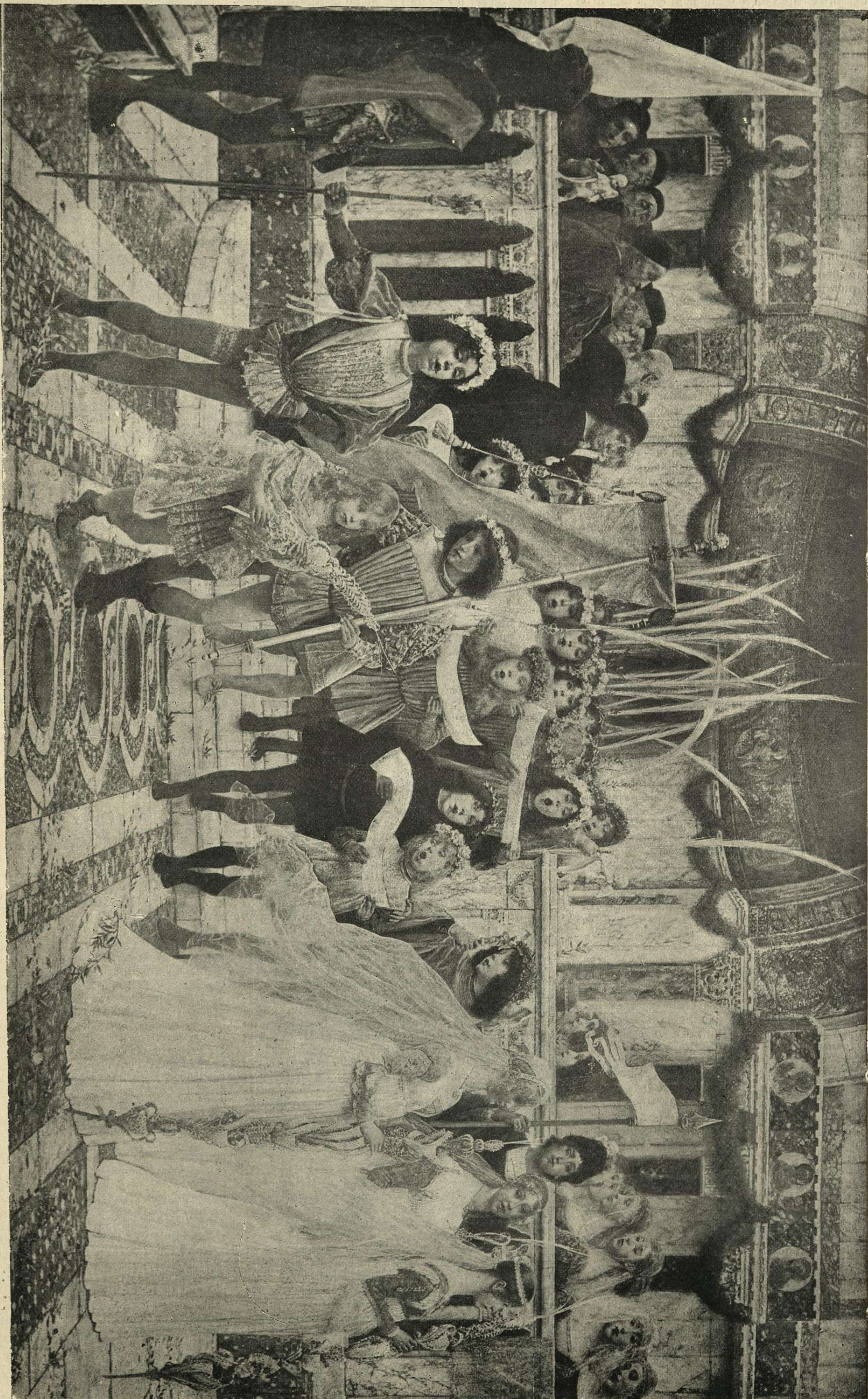
En mis viajes de Roma á Florencia, deténgome continuamente en Siena, ciudad que tiene para mí atracciones de persona amada. Y así como en París dedico siempre mi primer visita á Mona Lisa, la Gioconda de Vinci, la eterna misteriosa del Museo del Louvre, aquí en Siena consagro mi primer momento al Cristo de Giovannantonio Bazzi.

Y al recorrer las salas del Museo viendo los cuadros y los frescos de Beccafumi, Pinturicchio, Sano Di Pietro, Beato Angelico y Sandro Boticelli, hasta llegar frente á mi cuadro favorito, donde escribo estas líneas, experimentaba la sensación beata que nace de la visión prolongada de lo sublime, y pensaba que el arte cristiano ha creado un mundo fantástico, un mundo de ideas, de bellezas y de sentimientos superiores á la naturaleza. Si el arte tiene por objeto la evolución del alma, es esta escuela de la expresión, y dentro de ella el pensamiento cristiano el que realiza con más intensidad su ideal.

Y si no, he ahí la sugestión poderosa del Cristo pintado por Giovannantonio Bazzi, he ahí su rostro que personificaba á Aquel que nos prometía la serenidad de una vida llena de luz y de amor, sin odios, sin mal y sin el horrible misterio de la existencia.

He ahí el Cristo verdadero de la redención presente y de las bienaventuranzas futuras, el Jesús soñado en mi infancia, con la línea y la forma imaginada por la más ingenua y mística poesía. Alegoría palpitante de una concepción superior que reside transitoriamente en la carne sin ser carne; símbolo gráfico de una idea que vive, marcha, se agita, se transforma objetivamente, y revelada al mundo en formas materiales se convierte en hombre que ama y sufre, aparentemente como uno de nosotros, pero en realidad con sentimiento divino.

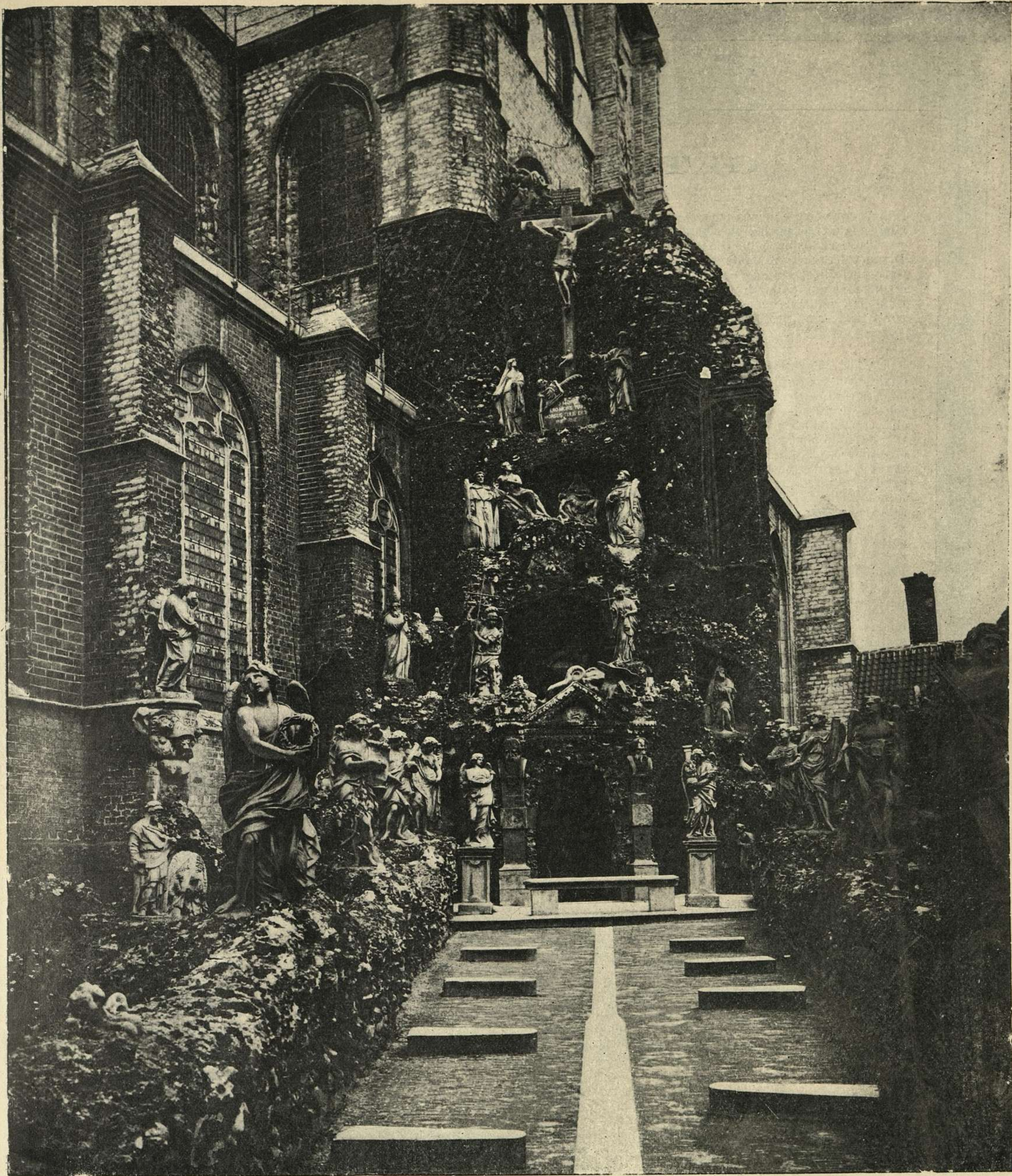
BELISARIO J. MONTERO.



JOSE VILLEGAS Y CORDERO

LA BENDICION DE LAS PALMAS.

DE COPIA FOTOGRAFICA DEDICADA POR EL AUTOR
AL SR. D. JUAN B. HIRAR Y HARO.



EL CALVARIO DE LA IGLESIA DE SAN PABLO. AMBERES.

LA ELEVACION DE LA CRUZ.

La Iglesia de Santiago de Amberes, es una de las más famosas de los Países Bajos, y fué construida durante los grandes siglos de florecimiento de la ciudad flamenca cuyo puerto veía entrar diariamente quinientas naves mercantes.

El bajo relieve que reproducimos difiere en general de las obras flamencas por la actitud y el agrupamiento teatrales de sus figuras secundarias. El sayón de la derecha semeja una cariátide.

Con todo, la «Elevación» de Vandervoort es uno de los primores de esa Iglesia de Santiago, tan rica en tesoros de arte, obras maestras del género flamenco.

LA BENDICION DE LAS PALMAS.

Este notable cuadro del famoso pintor sevillano, Don José Villegas y Cordero, se publica hoy en nues-

tro semanario, gracias á la galantería del Sr. Híjar, á cuyo padre, el distinguido poeta Don Juan B. Híjar y Haro, dedicó Villegas una magnífica copia fotográfica de la que se tomó nuestro grabado.

Reciba el Sr. Híjar en estas líneas el testimonio de nuestro agradecimiento por la ocasión que nos ha dado para ofrecer á los lectores de *El Mundo Ilustrado* obra de tal autor como Villegas, á quien admiran artistas y aficionados de Europa y América como representante glorioso ya, del arte contemporáneo.

Si en «La muerte del torero» y en «Preparativos de la lidia» ostenta Villegas inapreciables facultades de observación servidas por una técnica superior, en obras como la «Bendición de las Palmas» admira el esfuerzo poderoso con que realiza su genio artístico una como adivinación de los maravillosos encantos de la buena tradición italiana.

EL CALVARIO DE LA IGLESIA DE SAN PABLO.

He aquí un aspecto pueril, primitivo y simpático del arte religioso.

El Calvario de San Pablo es algo así como nuestros «nacimientos.»

En torno del Cristo crucificado y de otras escenas culminantes de la Pasión, amontónanse,—que no se agrupan,—personajes y figuras simbólicas que se confunden en un todo heterógeno, pero pintoresco, inarmónico, pero gracioso, como manifestación de un sentimiento sencillo y piadoso que busca la emoción artística sin encontrar todavía su fórmula.

Tal como en los nacimientos á que nos referimos, al lado de una escena de la «Huida á Egipto» aparece una escena pastoral, y junto á los «Reyes Magos» un turista alpino, en el «Calvario» de San Pablo hay obispos, apóstoles, cenobitas, confesores y sibilas, hacinados al capricho en ese sitio, uno de los más curiosos para el que gusta de las manifestaciones espontáneas de la fé religiosa.

GETHSEMANI.

Aunque tengo menos esperanza que nunca, he de consagrar esta noche al Gethsemaní. Casi es la última noche, pues pasado mañana abandonaré Jerusalem.

Tantos años hace que soñaba con una noche de recogimiento solitario en ese lugar! Después del triste éxodo de mi fé, cifraba aún en ese sitio único mi esperanza, creía que en el Gethsemaní, estaría más cerca de Cristo; que si él había triunfado en realidad de la muerte, siquiera como un alma humana muy grande y muy pura, allí, y no en otra parte, se apiadaría de mí, haciéndose patente su presencia. Y voy con un corazón helado y duro; voy por satisfacer mi propia conciencia, á realizar un sueño acariciado mucho tiempo.

* * *

A las once me pongo en camino; la luna brilla en lo alto. Ir solo es imposible, aun armado de revólver; es preciso que me acompañe un jenízaro armado, no sólo para precaverme de los peligros nocturnos en los que no creo, sino para franquear los sitios vedados del Haram-ech-Chari, pues las puertas de la ciudad estarán cerradas y sólo se abren con una orden del pachá, transmitida en forma.

Bajando por la Vía Dolorosa, atravesamos toda Jerusalem, en estos momentos silenciosa, oscura y desierta. Las casas están á oscuras y entre las sombras de las calles abovedadas, los rayos de la luna hacen recortes blancos en el pavimento y en las ruinas. A lo largo de nuestro camino, ni un alma; si acaso, dos ó tres soldados turcos que vuelven tarde á sus cuarteles. Sólo se oye el ruido de nuestros pasos, amplificado por las piedras sonoras, y el retintín del gran sable con vaina de plata que va arrastrando el jenízaro. Este, me habla en turco y me dice: «Ya lo ves, en la noche Jerusalem es un lugar de pobres, no hay nada. Para, nosotros los musulmanes, hay esto. . . . (y señala el recinto sagrado, la mezquita de Omar, á la que nos vamos acercando). Para tí, cristiano, hay el Santo Sepulcro. Pero eso es todo. Lo demás no vale la pena. Ya lo ves, en la noche no hay nada.»

En el barrio cerrado á los cristianos que está cerca de la Santa Mezquita, el jenízaro parlamenta con los centinelas nocturnos, y pasamos.

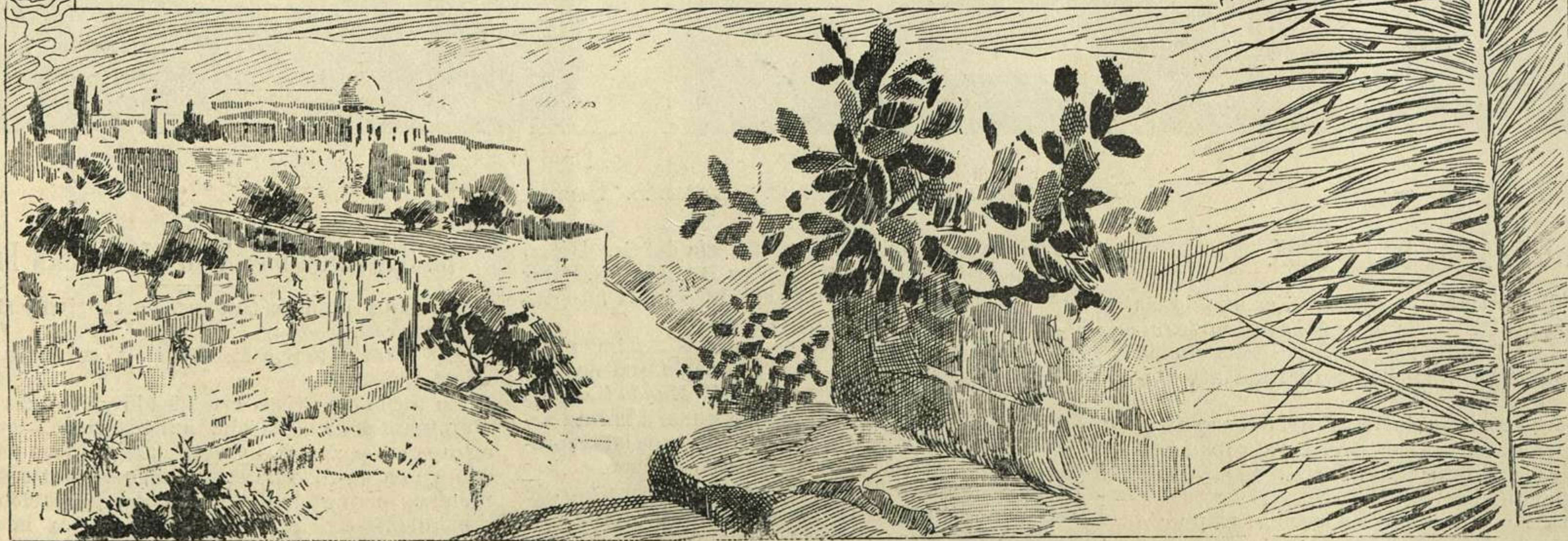
Bajando siempre entre las sombras de una bóveda de piedra, llegamos á la puerta de la ciudad que da al valle de los muertos; los cristianos la llaman puerta de San Esteban y los árabes puerta de Señora María. Está cerrada y se abren difícilmente sus hojas herradas. Dos centinelas de la guardia nocturna, á quienes despierta el jenízaro, la hacen girar sobre sus grandes goznes. Abrese lentamente rechinando en medio del silencio de la noche, — y entonces, de la oscuridad, pasamos, en un deslumbramiento, á la súbita aparición de un inmenso inmóvil paisaje espectral, hecho de blancuras, de piedras blancas bajo las ondas de una vaga luz blanquecina: el Valle de Josafat y Gethsemaní iluminados por la luna!

A nuestra vista se abre el valle, cubierto de tumbas, y en la opuesta ladera, sube el Gethsemaní. En el fondo blanco de la montaña los olivares se destacan como manchas negras y los cipreses como negras lágrimas. Los conventos se escalonan; la gran iglesia rusa con sus cúpulas superpuestas de Kremlin, parece á lo lejos pagoda indostánica. El conjunto, envuelto en pálidos fulgores, es encantador, como visión asiática, pero no evoca pensamientos cristianos. Más allá quiero ir, fuera de esos recintos monacales.

Pero en el último momento, un temor creciente me aleja de ese lugar en el que siento que nada encontraré. Para retardar el instante de las últimas decepciones desoladas, vagaré largamente en esta silenciosa soledad, seguiré al azar el lecho del Cedrón, con la esperanza de que descienda á mi espíritu la paz del recogimiento.

* * *

Llegamos ya al fondo del valle, ante los grandes monolitos de Absalón, Santiago y Josafat, al pie de las rocas en que fueron labrados y en las que se abren tantas puertas sepulcrales. El lúgubre escenario se levanta bajo la blanca luna, con sus contornos rígidos; se diría que son cosas mucho ha acabadas, secas, que se sostienen en fuerza de la tranquilidad ambiente como las momias que un sople pulveriza. . . . Valle de la muerte, suelo lleno de huesos y de polvo humano, templo silencioso de la nada en donde hasta el sonido de las trompetas apocalípticas se extinguirá. . . . Y bajo la opresión de lo que nos rodea, el espanto paralizador que sale de las columnas funerarias y de los profundos hoyos negros, he aquí que de una de las grandes tumbas escápase también el ruido de una tos humana que parece venir de muy lejos y de muy abajo, repercutida en las sonoridades subterráneas. . . . El jenízaro se detiene, temblando de miedo, — y es, sin embargo, un valiente que tiene el cuello atravesado de balas que



lo hirieron al lado del gran Osman Pachá, en la gloriosa defensa de Plevna. «Oh! dice, hay hombres que duermen dentro!... Yo me volvería loco en una noche... Qué hombres son esos, capaces de dormir allí, Dios mío!...» Acaso pastores beduinos, que se refugian en los viejos sepulcros con sus ganados; pero él cree acaso que son vampiros, hechiceros evocadores de espectros. Y aquello era tan imprevisible en medio de tanto silencio, que me estremecí como él.

* * *

Llegamos por último al Gethsemani; ya aparecen á nuestra vista sus olivares y sus tristes piedras. Cerca del convento de franciscanos, sumido en sueño, me detengo en un lugar que han dejado los hombres tal como debió ser en los tiempos antiguos.

Yo digo al jenízaro, á fin de quedar solo: «Siéntate y espérame ahí; me esperarás largo rato, una hora quizás, hasta que yo te llame.» Me alejo de él lo suficiente para no verlo y me tiendo en el suelo, apoyándome en el tronco de un olivo.

Al mismo tiempo que yo ascendía la cuesta, parecían levantarse los muros de Jerusalem en la otra vertiente del valle de los muertos: sepárame de ellos la cañada, en cuyo fondo corre el Cedrón,—la cañada, aquella noche vaporosa y blanca, bajo el exceso de los rayos de la luna; —y sobre su fondo de aspecto nebuloso, los muros se levantan á la misma altura del lugar en que estoy; diríase que están como suspendidas, tales eran en su aspecto de quiméricos.—Desde aquí debió mirarlos Cristo en su noche de agonía; trazaban en el cielo como hoy su gran línea recta, menos dentellados entonces sin duda, porque no eran sarracenas y circuyendo el templo maravilloso y dominador que ni aun podemos imaginar cómo era.

Aquella noche más allá de sus troneras no aparecía ni una habitación humana, ni una luz; sólo el domo de la mezquita de Omar, azulado por la luna del cielo y coronado por la media luna mahometana. Cerca de mí, la soledad absoluta; la montaña pedregosa, que participa de la inmensa irradiación blanca del cielo, y que está como penetrada de luz de luna; uno que otro olivo proyecta su sombra, dibujando pequeños manchones negros.

El clamor de los perros de Jerusalem, incesante en la noche como en todas las ciudades turcas, sube debilitado del fondo del valle; llega hasta mí, lejano, sonoro y ligero; los ecos sin duda lo desvían porque parece que viene de arriba, que llega del cielo. Y de vez en cuando, oyes el grito más próximo, en sordina, de un ave nocturna.

PIERRE LOTI.

LA PALABRA DIVINA

SERMON DEL LAGO.

En el grupo que rodeaba á Jesús en las márgenes del lago de Tiberiades, la aristocracia estaba representada por un aduanero ó cobrador y por la mujer de un intendente: —el resto se componía de pescadores y de gentes sencillas. Todos eran ignorantes en extremo, débiles de espíritu y todos creían en los espectros y en las apariciones. En aquel primer cenáculo no había penetrado ni un sólo elemento de cultura helénica, y aun la instrucción judaica era en él bastante escasa; pero en cambio abundaban el sentimiento y la buena voluntad. El hermoso clima de Galilea convertía la existencia de aquellos honrados pescadores en delicioso y perpetuo encanto. Sencillos, buenos, dichosos, blandamente mecidos por las cristalinas olas de un mar en miniatura, ó bien arrullados por su oleaje mientras dormían sobre el césped de sus risueños bordes, aquellas familias de pescadores preludivaban, á no dudarlo, el reino de Dios.

Difícil es figurarse la embriaguez de una vida que de ese modo se desliza á la faz del cielo, el robusto y dulce entusiasmo que infunde en el alma el continuo contacto con la naturaleza, y los sueños de aquellas noches pasadas bajo la inmensidad de la azulada bóveda al trémulo fulgor de las estrellas. En una noche semejante fué cuando Jacob, apoyada la cabeza sobre una piedra, leyó en los astros la promesa de una posteridad innumerable y vió la escala misteriosa por la cual iban y venían los *Elohim* del cielo á la tierra. En la época de Jesús, el cielo continuaba abierto y la tierra no se había enfriado. Las nubes se entreabrían aún sobre el hijo del hombre, y los ángeles subían y bajaban sirviéndole de mensajeros; las visiones del reino de Dios se hallaban en todas partes, puesto que el hombre las abrigaba en su propio corazón. La mirada tranquila y dulce de aquellas almas sencillas contemplaba al universo en su origen ideal; quizás el mundo descubría sus misterios á la conciencia divinamente lúcida de aquellos seres dichosos, cuya pureza de corazón les mereció un día ver á Dios.

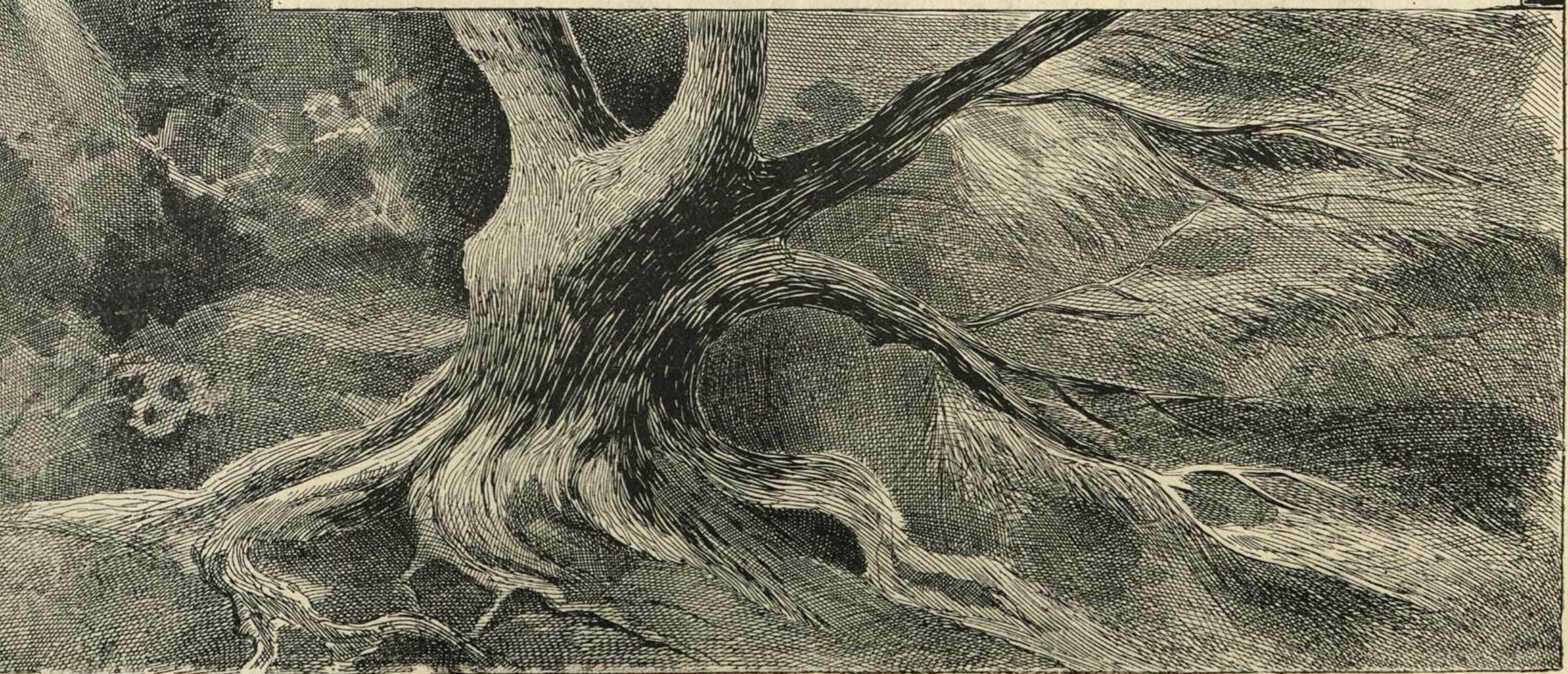
Jesús vivía casi siempre al aire libre rodeado de sus discípulos. Unas veces subía á una barca y desde allí predicaba á la muchedumbre estacionada en la orilla del lago, otras, tomaba asiento sobre las montañas de la ribera, allí donde el aire es tan puro y tan luminoso el horizonte. El grupo de fieles adeptos iba de este modo, alegre y vagabundo, recogiendo en sus primeros gérmenes las inspiraciones del maestro. Si por casualidad surgía alguna ingenua duda, alguna pregunta inocentemente escéptica; una sonrisa ó una mirada de Jesús bastaban para desvanecer la objeción. A cada momento creían notar las señales del reino de Dios; en el paso de una nube, en la germinación de un grano, en la madurez de una espiga, en la cosa más insignificante; imaginábase que se hallaban en vísperas de ver á Dios, de ser los dueños del mundo, y las lágrimas se cambiaban en gozo. Aquello era el advenimiento á la tierra del consuelo universal:

«Bienaventurados,—decía el maestro,—los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.



«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
 «Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán á Dios.
 «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
 «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.»

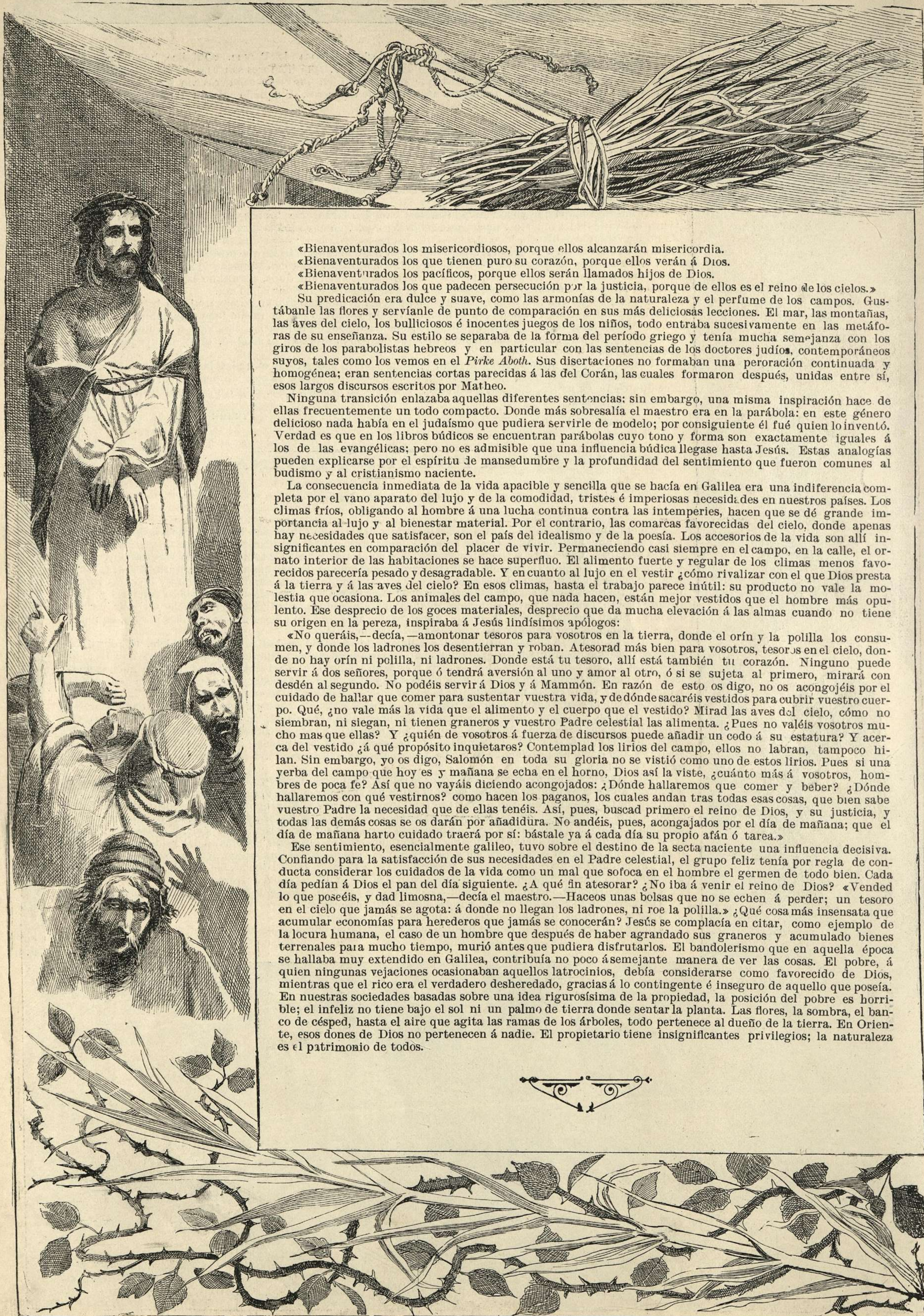
Su predicación era dulce y suave, como las armonías de la naturaleza y el perfume de los campos. Gustábanle las flores y servíanle de punto de comparación en sus más deliciosas lecciones. El mar, las montañas, las aves del cielo, los bulliciosos é inocentes juegos de los niños, todo entraba sucesivamente en las metáforas de su enseñanza. Su estilo se separaba de la forma del período griego y tenía mucha semejanza con los giros de los parabolistas hebreos y en particular con las sentencias de los doctores judíos, contemporáneos suyos, tales como los vemos en el *Pirke Aboth*. Sus disertaciones no formaban una peroración continuada y homogénea; eran sentencias cortas parecidas á las del Corán, las cuales formaron después, unidas entre sí, esos largos discursos escritos por Matheo.

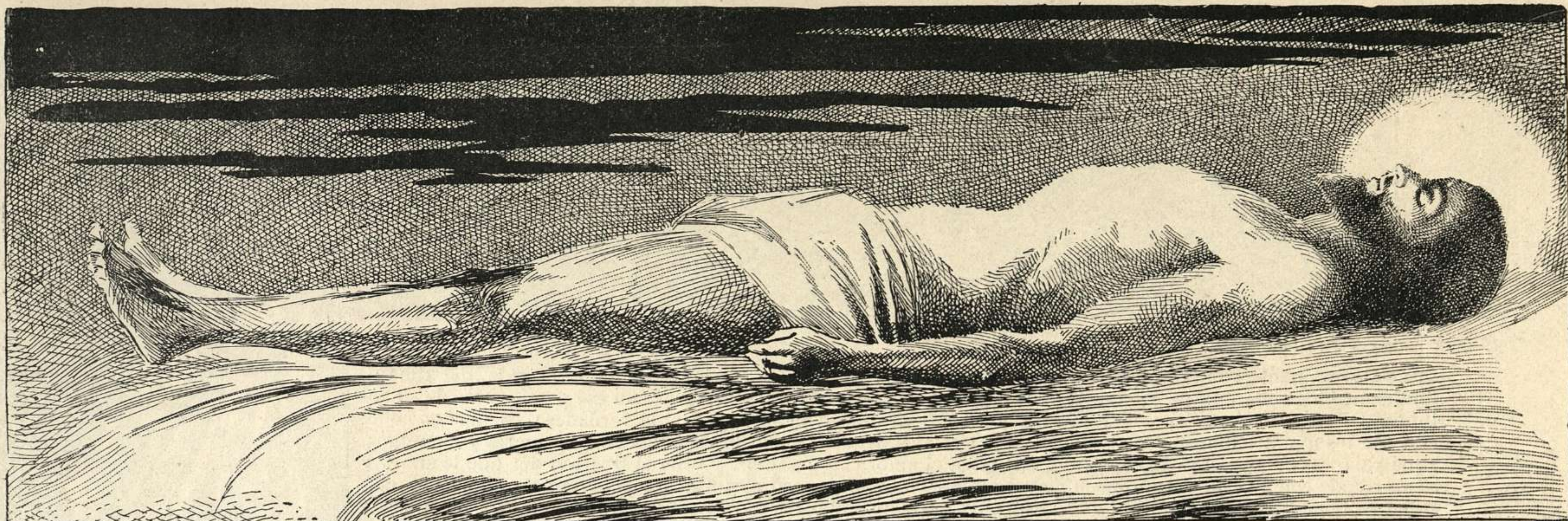
Ninguna transición enlazaba aquellas diferentes sentencias; sin embargo, una misma inspiración hace de ellas frecuentemente un todo compacto. Donde más sobresalía el maestro era en la parábola: en este género delicioso nada había en el judaísmo que pudiera servirle de modelo; por consiguiente él fué quien lo inventó. Verdad es que en los libros búdicos se encuentran parábolas cuyo tono y forma son exactamente iguales á los de las evangélicas; pero no es admisible que una influencia búdica llegase hasta Jesús. Estas analogías pueden explicarse por el espíritu de mansedumbre y la profundidad del sentimiento que fueron comunes al budismo y al cristianismo naciente.

La consecuencia inmediata de la vida apacible y sencilla que se hacía en Galilea era una indiferencia completa por el vano aparato del lujo y de la comodidad, tristes é imperiosas necesidades en nuestros países. Los climas fríos, obligando al hombre á una lucha continua contra las intemperies, hacen que se dé grande importancia al lujo y al bienestar material. Por el contrario, las comarcas favorecidas del cielo, donde apenas hay necesidades que satisfacer, son el país del idealismo y de la poesía. Los accesorios de la vida son allí insignificantes en comparación del placer de vivir. Permaneciendo casi siempre en el campo, en la calle, el ornato interior de las habitaciones se hace superfluo. El alimento fuerte y regular de los climas menos favorecidos parecería pesado y desagradable. Y en cuanto al lujo en el vestir ¿cómo rivalizar con el que Dios presta á la tierra y á las aves del cielo? En esos climas, hasta el trabajo parece inútil: su producto no vale la molestia que ocasiona. Los animales del campo, que nada hacen, están mejor vestidos que el hombre más opulento. Ese desprecio de los goces materiales, desprecio que da mucha elevación á las almas cuando no tiene su origen en la pereza, inspiraba á Jesús lindísimos apólogos:

«No queráis,—decía,—amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros, tesoros en el cielo, donde no hay orín ni polilla, ni ladrones. Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. Ninguno puede servir á dos señores, porque ó tendrá aversión al uno y amor al otro, ó si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir á Dios y á Mammón. En razón de esto os digo, mirará con cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, y de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué, ¿no vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho mas que ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discursos puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo, ellos no labran, tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo, Salomón en toda su gloria no se vistió como uno de estos lirios. Pues si una yerba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos que comer y beber? ¿Dónde hallaremos con qué vestiros? como hacen los paganos, los cuales andan tras todas esas cosas, que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así, pues, buscad primero el reino de Dios, y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No andéis, pues, acongojados por el día de mañana; que el día de mañana harto cuidado traerá por sí: bástale ya á cada día su propio afán ó tarea.»

Ese sentimiento, esencialmente galileo, tuvo sobre el destino de la secta naciente una influencia decisiva. Confiando para la satisfacción de sus necesidades en el Padre celestial, el grupo feliz tenía por regla de conducta considerar los cuidados de la vida como un mal que sofoca en el hombre el germen de todo bien. Cada día pedían á Dios el pan del día siguiente. ¿A qué fin atesorar? ¿No iba á venir el reino de Dios? «Vended lo que poseéis, y dad limosna,—decía el maestro.—Hacedos unas bolsas que no se echen á perder; un tesoro en el cielo que jamás se agota: á donde no llegan los ladrones, ni roe la polilla.» ¿Qué cosa más insensata que acumular economías para herederos que jamás se conocerán? Jesús se complacía en citar, como ejemplo de la locura humana, el caso de un hombre que después de haber agrandado sus graneros y acumulado bienes terrenales para mucho tiempo, murió antes que pudiera disfrutarlos. El bandolerismo que en aquella época se hallaba muy extendido en Galilea, contribuía no poco á semejante manera de ver las cosas. El pobre, á quien ningunas vejaciones ocasionaban aquellos latrocinios, debía considerarse como favorecido de Dios, mientras que el rico era el verdadero desheredado, gracias á lo contingente é inseguro de aquello que poseía. En nuestras sociedades basadas sobre una idea rigurosísima de la propiedad, la posición del pobre es horrible; el infeliz no tiene bajo el sol ni un palmo de tierra donde sentar la planta. Las flores, la sombra, el banco de césped, hasta el aire que agita las ramas de los árboles, todo pertenece al dueño de la tierra. En Oriente, esos dones de Dios no pertenecen á nadie. El propietario tiene insignificantes privilegios; la naturaleza es el patrimonio de todos.





Joyas de la Mística Española.

(1) Es el cuidado del amor tan grande, y está tan en vela en lo que desea, que de mil pasos lo siente, entre sueños lo oye, y tras los muros lo ve; finalmente, es de tal naturaleza el amor, que hace en quien reina obras mucho diversas de la común experiencia de los hombres, y por esto los que no sienten tal efecto en sí no creen ó les parece milagros, ó por mejor decir, locura, ver y oír las tales cosas en los enamorados; y de aquí resulta que los autores que tratan de amor son mal entendidos, y juzgados por algunos autores de devaneos y disparates. Por lo cual, un antiguo poeta de nuestra nación, muy enamorado y muy honesto, hizo el principio de sus canciones diciendo en su lengua misma esta sentencia: «No vea mis escritos quien no es triste, ó quien no ha estado triste en tiempo alguno.» Así que, las extrañas cosas que dicen, sienten y hacen los que aman, no se pueden entender de los libres de amor.

* *

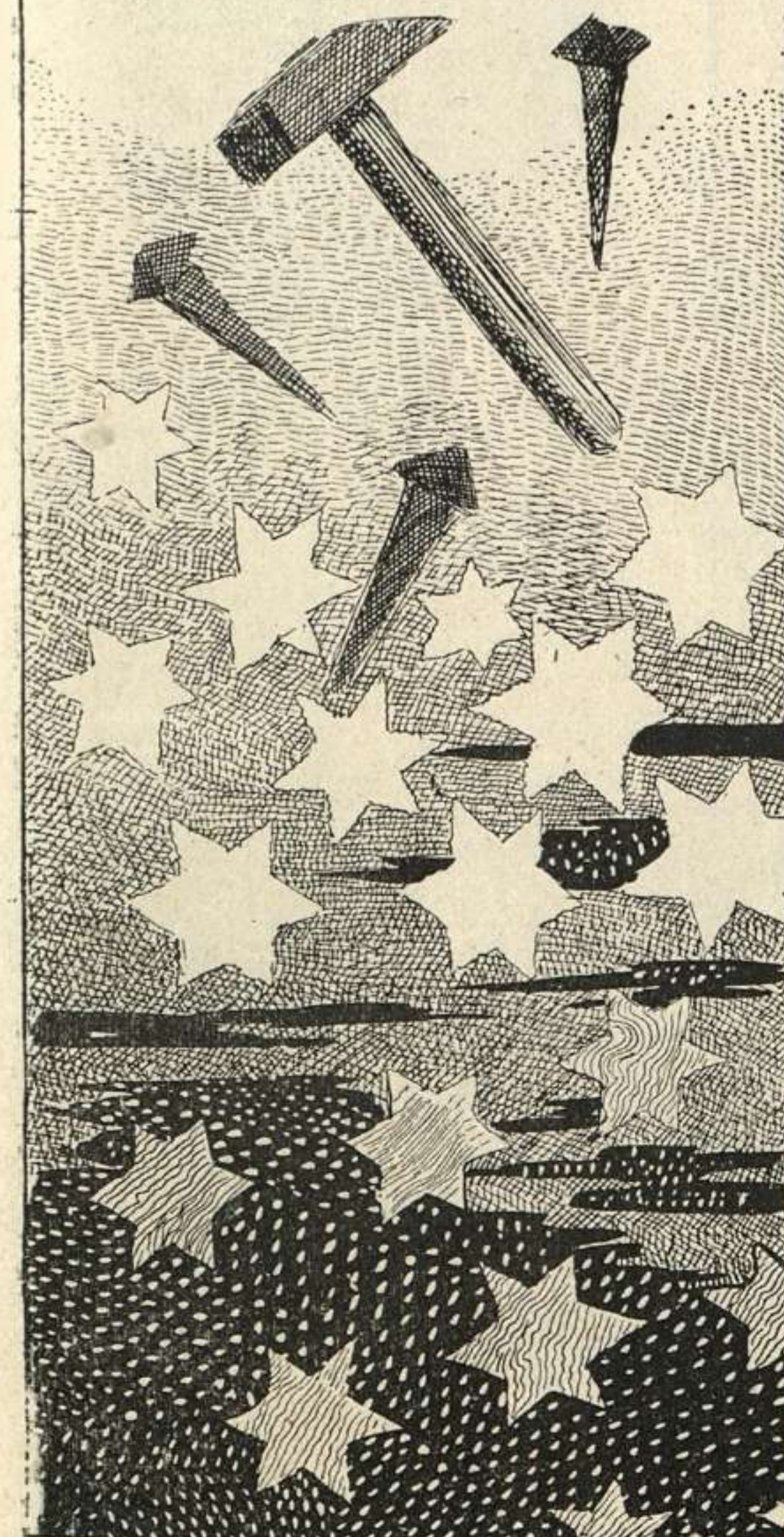
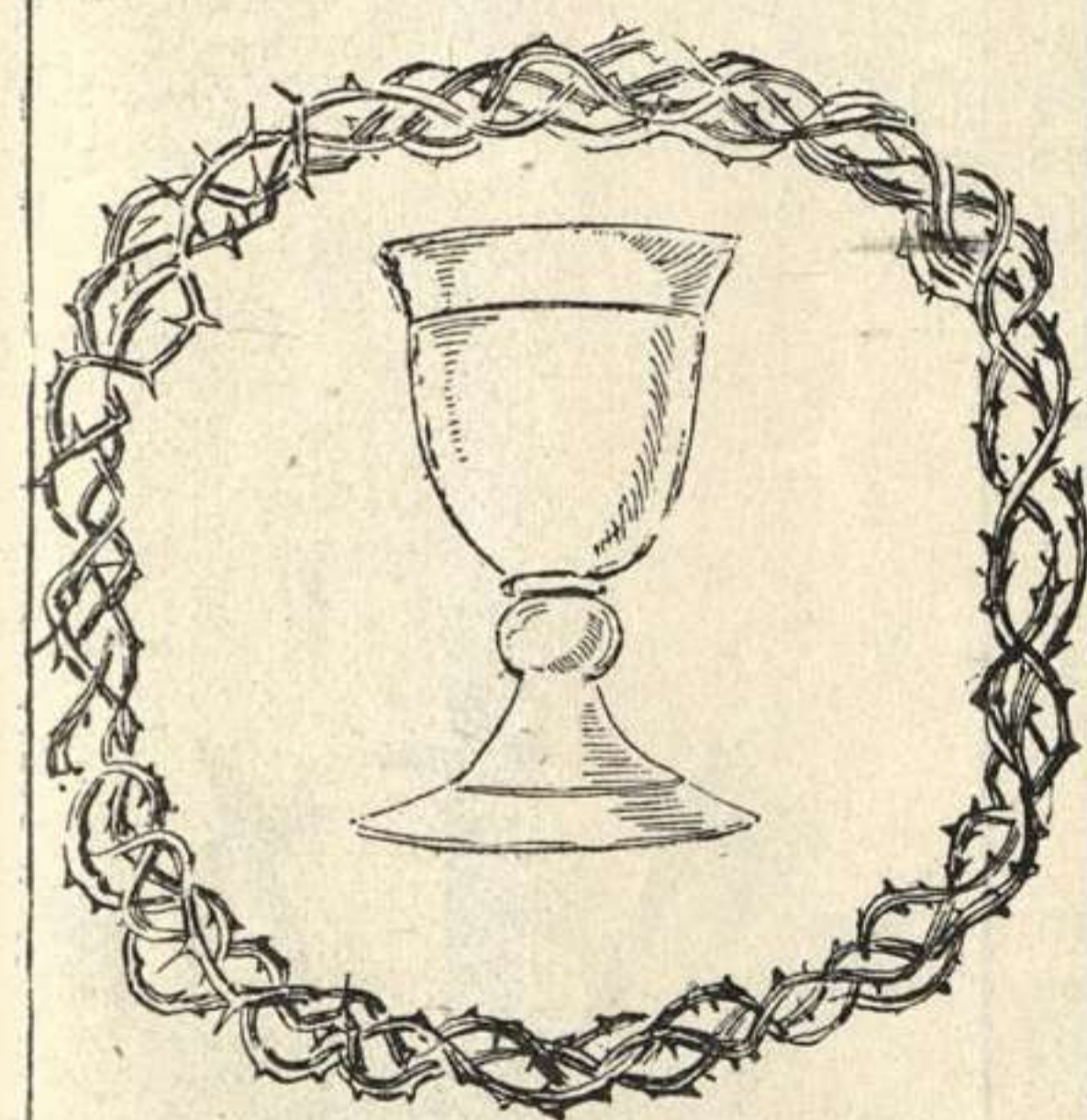
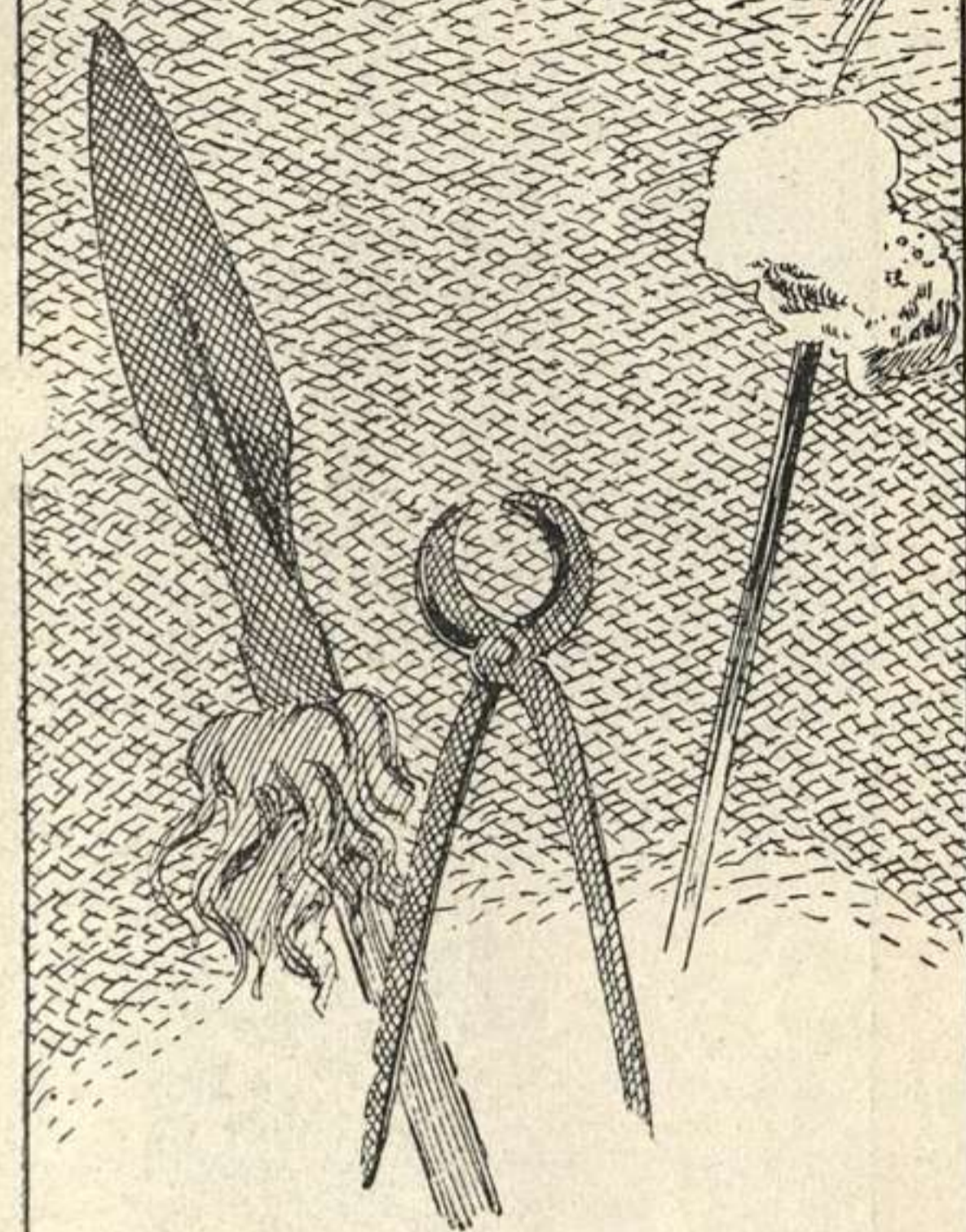
(2) Dícese del que ama que no vive consigo sino la mitad, y la otra mitad que es la mejor parte de él, vive y está con la cosa amada. Porque como nuestra alma tenga dos oficios, uno de criar y conservar el cuerpo, y el otro, que es el pensar é imaginar, ejercitándose en el conocimiento y contemplación de las cosas, que es el mayor y más principal, cuando uno ama, este oficio, que es de pensar é imaginar, nunca lo emplea en sí, sino en aquella cosa á quien ama, contemplando en ella y tratando siempre de ella; solamente obra consigo las obras de su cuerpo, aquello primero que es un poco de su presencia y cuidado, cuanto es menester para tenerle en vida y sustentarle, y aun esto no todas veces muy enteramente. Esto así parece; y supuesto simplemente, sin más filosofar en ello, nos declara la grandeza del amor que en este lugar muestra la esposa, diciendo: «Yo duermo y mi corazón vela;» porque dice que, aunque duerme, no duerme del todo, ni toda ella reposa, porque su corazón no está siempre en ella, sino en su amado está siempre; que, como se ha entregado al amor y servicio de su esposo, no tiene que ver con ella en su provecho; que el uno quería huir los trabajos del amor, más el corazón dice: «Yo los quiero sufrir.» Dice el que ama: «Grave carga es ésta;» responde el corazón. «Llevarla tenemos.» Quéjase el amante que pierde el tiempo, la vida y la esperanza; dalo el corazón por bien empleado todo; y así, cuando el cuerpo duerme y reposa, entonces está el corazón velando y negociando con las fantasmas del amor, y recibiendo y enviando mensajes; y por esto dice: «Yo duermo y mi corazón vela.»

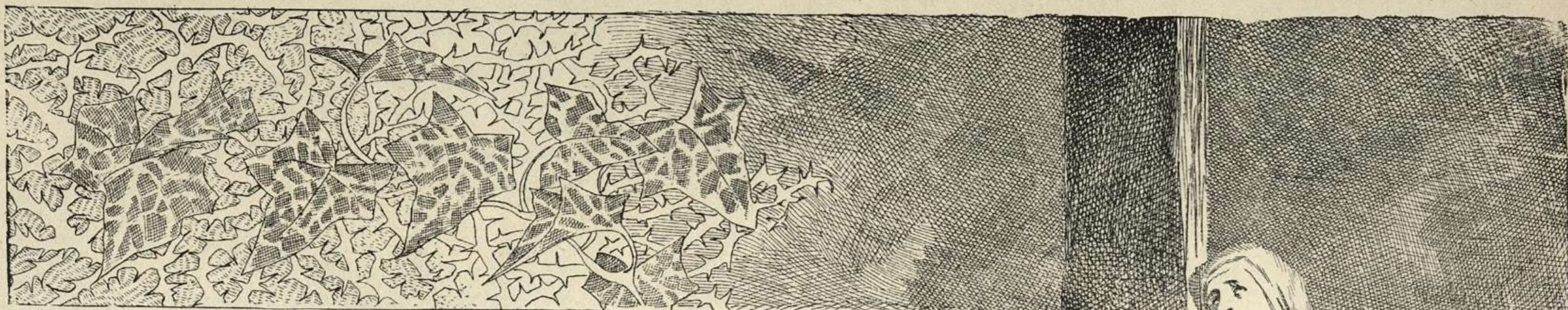
* *

(3) Tres condiciones y diferencias entendemos en el amor de dos personas: una, cuando fingen quererse bien, y no se quieren, y viven engañándose el uno al otro con palabras y demostraciones amorosas; otra, cuando una de las partes ama con verdad, y la parte amada muestra quererle responder, más de hecho no le responde; la otra, cuando quieren y son queridos por igual grado y medida. De los primeros no hay que tratar, porque no es amor el suyo, sino fingimiento y embuste, y cual hacen, así lo pagan; y aunque entrambos hagan mal y profanen la virtud, verdad y santidad del amor, cuyo nombre usurpan y cuyas propiedades remedan estando tan lejos de sus obras, pero ninguno agravia al otro, ni tiene de qué quejarse de su compañero, porque, en fingir entre sí y mentirse, ambos corren parejas.

El segundo estado donde el que ama no es amado, es estado de amor; pero es estado infeliz y trabajoso más que ningún otro de cuantos hay bajo del cielo, porque se juntan en él culpa y pena, y son todos sus males en su más subido grado; la pena padece el que ama; y la culpa se comete de parte del que no responde á su amado. Y entenderse ha cuán grave sea cada uno de estos males en su razón, si se advierte, primero que el amar una persona á otra no es otra cosa sino hacer el que ama un entregamiento y una cesión de sí y de todos sus bienes en el que es amado, desposeyéndose de sí mismo, y poniendo en la posesión de éste y de toda su alma á la otra parte. Y que esto sea así está claro; porque el amor es un aplicarse y entregarse la voluntad á lo que ama; y la voluntad es la señora que manda y rige, y sola ella mueve y menea todo lo que hay en la casa del hombre. De do se sigue que amar es darse todo, porque es dar la voluntad, que es señora de todo. Tócase esta verdad con las manos y con la experiencia, porque vemos que el que ama de veras no vive en sí, sino en lo que ama; siempre piensa en ello y habla de ello, su voluntad es la de su amado, sin saber querer otra cosa ni poder quererla; que es evidente señal que no es suyo, sino ajeno, entregado ya al poder y albedrío de otro, que es la regla y el señor de su querer y entender. Esto supuesto, entiéndese, lo primero el incomparable mal y daño que la parte desamada padece de la parte de su amado, porque se ve desposeída de sí y entregada sin remedio al poder ajeno, y que el señor se levanta con la entrega villanamente, sin hacerle correspondencia ó restitución alguna. Si es pena á un rico verse despojado de su honra y hacienda, ya veis cuál y cuánto mayor será la del pobre que se ve desposeído de lo uno y de lo otro, y de sí mismo, que ve á sí mismo y á todos sus bienes en el poder ajeno; y si pena más y es causa de mayor sentimiento la pena que viene sin culpa, ¿qué dolor sentirá el que de buen servicio saca mal galardón, y el que sembrando amor coge frutos de desdén y de aborrecimiento? Por el contrario, por los mismos pasos se entiende lo segundo, lo mucho que peca, y la gran fealdad y vileza que comete el que siendo amado no ama, ó no desengaña abiertamente al triste amante; porque si es culpa hurtar la capa y es pecado tiznar la fama ajena, ¿qué será levan-

1 Libro de los Cantares, II.
2 Libro de los Cantares, V.
3 Libro de los Cantares, VII.





tarse alevosamente con la posesión de todo, juntamente de la fama, de la hacienda, de la vida, del alma y, finalmente, de toda una persona que nació libre y se vendió á él, para comprar con ese precio parte de su voluntad? Este se recoge el precio y se abraza con él y con la mercadería. Y si la verdadera caridad es noble aún con los que no conoce, y se extiende su virtud y beneficios aún hasta á los malquerientes y enemigos, ¿qué palabras encarecerán la bajeza del que paga el amor con desamor, y roba la libertad del que le sirve, y se va riendo con ella, y triunfa de su mayor amigo, y da en trueco y cambio de su firmeza y sencillez y claridad de buen amor un cuento ó millón de engaños y de embustes, un favor fingido y recatado, un cariciar muy disimulado, un mofar y un reír muy verdadero en volviendo las espaldas, una muestra de favor muy recatado, un enfadarse luego de lo hecho, un agraviarse de nonada, levantar en el aire sin fundamento mil vanidades de quejas, con otros melindres y niñerías que se callan?

Así que, quien esto hace, por más principal persona y por más generosa que sea, aunque nadie se lo diga, dígaselo ella á sí, y condénese con testimonio de su conciencia, por muy baja y soez y de muy viles y torpes mañas. Porque se ha de entender que entre dos personas (aunque las demás calidades, ó que se adquieren por ejercicio, ó que vienen por caso de fortuna, ó que se nace con ellas) puede haber y hay grandes y notables diferencias, pero unidas en caso de amor y voluntad, porque esta es señora y libre, así como en todo es libre y señora, así todos en ella son iguales, sin conocer ventaja del uno al otro, por diferentes estados y condiciones que sean. Así que, mi voluntad es de tanto valor como la de mi vecino, cualquiera que sea, y no se puede pagar la deuda de mi amor sino con otro amor tan bueno y tan grande. . . .

Resta que digamos del tercero, donde se entiende todo esto, porque ciertamente es la más alegre y dichosa vida que en esta vida se vive, y es muy semejante y muy cercano retrato del cielo, donde viven las llamas del divino amor, en que amando y siendo amados los bienaventurados, se abrazan, y es una melodía suavísima, que vence toda música artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden, porque los que aman como los primeros que dijimos, no son hombres; y los que aman como los segundos, son, ó desdichados, ó malos hombres; sólo para estos terceros queda la buena dicha y la buena andanza, que, como dicen los sabios, consiste en tener el hombre todo el bien que quiere.

* * *

(1) Una de las cosas que hay en el verdadero amor, es el crecimiento suyo, que mientras más de él se goza, más se precia y más se desea. Al contrario es el amor falso y vil, que es fastidioso y pone una aborrecible hartura.

* * *

(2) Los que bien se aman, aman la soledad y aborrecen cualquiera estorbo de la compañía y conversación, porque el que ama y tiene presente lo que ama, tiene llena su voluntad con la posesión de todo lo que se desea; y así, no le queda voluntad, ni deseo, ni lugar para querer, ni pensar otra cosa; y de ahí nace que todo lo que le divierte algo de aquel su amor y gozo, poniéndose delante, le es enojo y aborricible como la muerte.

* * *

(3) Una de las condiciones del amor es que á los enamorados hace de gran memoria, que sin olvidarse jamás de cosa, por pequeña y liviana que sea, siempre les parece tener delante un retablo de toda la historia de sus amores, acordándose del tiempo, lugar y del punto de cada cosa; y así, en sus dichos y secretos usan muchas veces de las cosas pasadas para su propósito: unas veces cantándolas sin parecer que hay para qué, y otras que se ve claro el fin de su invención; y como la retórica de los enamorados consiste más en lo que hablan dentro de sí, que en lo que por la lengua publican, muchas veces traen lo primero á la postre, y lo último al principio.

* * *

(4) Mayor y más ardiente fuego es este que el que acá se usa, porque el fuego de acá con echarle un poco de agua se apaga; mas el fuego del amor vence á todas aguas; echándole agua, arde más y se embravece más, aunque se derramasen sobre él los ríos enteros; así que tan fuerte es el amor, que no basta todo el poder de la tierra para lo vencer. . . .

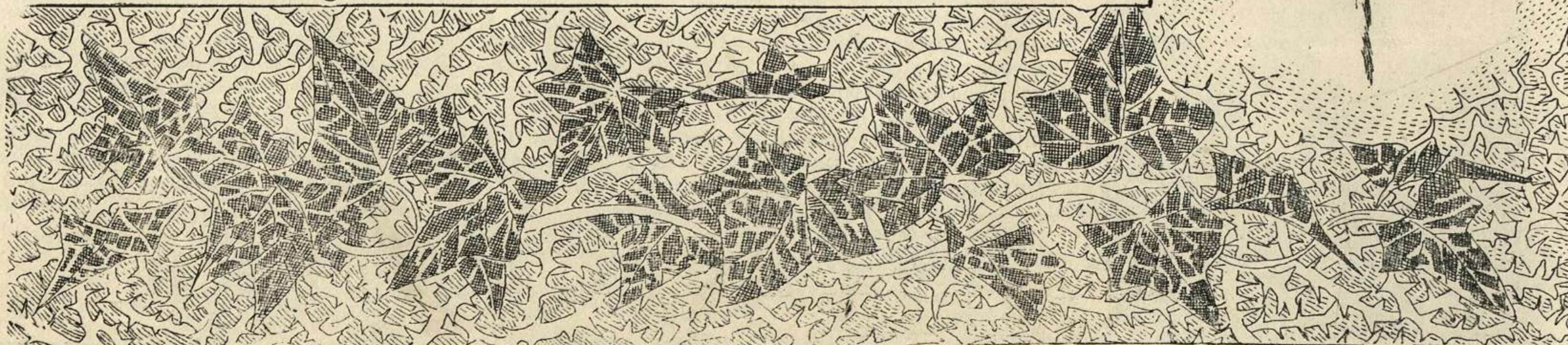
Si el hombre quiere rescatar del amor cuando él cautiva á alguno, y le diese cuantas riquezas y haberes que en su casa tiene, aunque fuese el más rico, no curaría el amor de ellas, y despreciaría al que se las ofreciese con gran desprecio, y le haría servir por fuerza; de manera que el amor es señor muy fuerte é inexpugnable cuando ha tomado posesión en el corazón de alguno.

* * *

(5) Suele acaecer que cuando dos están en gran conformidad de estrecho amor, nunca faltan envidiosos que les pese de ello, porque ellos no tienen semejantes amores, ó porque naturalmente son envidiosos del bien ajeno, y cualquiera señas ó cosas que ven pasar entre los buenos amantes, les es enojoso y grave; y de esto reciben gran gusto los que mucho se aman, porque no solamente con estas muestras hacen pesar á los émulos, mas acreciéntase también su amor, que parece que el atizar del contrario les enciende más el amoroso fuego de sus corazones.

FRAY LUIS DE LEON.

1. Libro de los Cantares. VIII.
2. Libro de los Cantares. VIII.
3. Libro de los Cantares. VIII.
4. Libro de los Cantares. VIII.
5. Libro de los Cantares. VIII.





RIMAS SACRAS.

I

No sabe qué es amor quien no te ama,
 Celestial hermosura, esposo bello;
 Tu cabeza es de oro, y tu cabello
 Como el cogollo que la palma enrama:
 Tu boca como lirio que derrama
 Licor al alba; de marfil tu cuello;
 Tu mano el torno y en su palma el sello,
 Que el alma, por disfraz, jacintos llama.
 ¡Oh, Dios! ¿en qué pensé cuando, dejando
 Tanta belleza, y las mortales viendo,
 Perdí lo que pudiera estar gozando?
 Mas si del tiempo que perdí me ofendo,
 Tal prisa me daré, que un hora amando
 Venza los años que pasé fingiendo.

II

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
 ¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
 Que á mi puerta, cubierto de rocío,
 Pasas las noches del invierno, á obscuras?
 ¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
 Pues no te abrí! ¿Qué extraño desvarío,
 Si de mi ingratitud el hielo frío
 Secó las llagas de tus plantas puras!
 ¡Cuántas veces el ángel me decía:
 «Alma, asómate ahora á la ventana,
 Verás con cuánto amor llamar porfía!»
 Y ¡cuántas, hermosa soberana,
 «Mañana le abriremos,» respondía,
 Para lo mismo responder mañana!

III

Pastor, que con tus silbos amorosos
 Me despertaste del profundo sueño;
 Tú, que hiciste cayado de ese leño
 En que tiendes los brazos poderosos;
 Vuelve los ojos á mi fe, piadosos,
 Pues te confieso por mi amor y dueño,
 Y la palabra de seguirte empeñó,
 Tus dulces silbos y tus piés hermosos.
 ¡Oye, Pastor, que por amores mueres,
 No te espante el rigor de mis pecados,
 Pues tan amigo de rendidos eres:
 Espera, pues, y escucha mis cuidados;
 Pero ¿cómo te digo que me esperes,
 Si estás, para esperar, los piés clavados?

IV

Quando en mis manos, Rey eterno, os miro,
 Y la cándida víctima levanto,
 De mi atrevida indignidad me espanto
 Y la piedad de vuestro pecho admiro.
 Tal vez, el alma con temor retiro,
 Tal vez, la doy al amoroso llanto:
 Que, arrepentido de ofenderos tanto,
 Con ansias temo y con dolor suspiro.
 Volved los ojos á mirarme humanos,
 Que por las sendas de mi amor siniestras
 Me despeñaron pensamientos vanos.
 No sean tantas las miserias nuestras,
 Que á quien os tuvo en sus indignas manos
 Vos le dejéis de las divinas vuestras.

V

Quando lo que he de ser me considero,
 ¿Cómo de mi bajeza me levanto?
 Y si de imaginarme tal me espanto
 ¿Por qué me desvanezco y me prefiero?
 ¿Qué solícito, qué pretendo y quiero,
 Siendo guerra el vivir y el nacer llanto?
 ¿Por qué este polvo vil estimo en tanto,
 Si dél tan pronto dividirme espero?
 Si en casa que se deja nadie gasta,
 Pues pierde lo que en ella se reparte,
 ¿Qué loco engaño mi quietud contrasta?
 Vida breve y mortal, dejad el arte,
 Que á quien se ha de partir tan presto, basta
 Lo necesario en tanto que se parte.

VI

Si es culpa el concebir, nacer tormento,
 Guerra el vivir, la muerte fin humano,
 Si después de hombre, tierra y vil gusano,
 Y después de gusano, polvo y viento;
 Si viento, nada, y nada el fundamento,
 Flor la hermosura, la ambición tirano,
 La fama y gloria pensamiento vano,
 Y vano cuanto piensa el pensamiento;
 ¿Quién anda en este mar para anegarse?
 ¿De qué sirve en quimeras sumergirse
 Ni pensar otra cosa que en salvarse?
 ¿De qué sirve estimarse y preferirse,
 Buscar memoria habiendo de olvidarse,
 Y edificar habiendo de partirse?

Lope de Vega.

De Santa Teresa de Jesús

*Alma, buscarte has en mí,
Y á mí buscarte has en tí.
De tal suerte pudo amor,
Alma, en mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.*

*Fuiste por amor criada
Hermosa, bella, y así,
En mis entrañas pintada,
Si te perdieras, mi amada
Alma, buscarte has en mí.*

*Que yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada,
Y tal al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás,
Viéndote tan bien pintada.*

*Y si acaso no supieres
Dónde me hallarás á mí,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A mí, buscarte has en tí.*

*Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y así llamo en cualquier tiempo
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.*

*Fuera de tí no hay buscar me,
Porque para hallarme á mí
Bastará sólo llamarme,
Que á ti iré sin tardarme,
Y á mí buscarte has en tí.*

* * *

*Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.*

*Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,
En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.*

*Tiróme con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues á mi Dios me he entregado,
Que mi amado es para mí
Y yo soy para mi amado.*

*Cuando el amor está obrando
Lo que tiene obligación,
Si flaquea, si se cansa,
Si desmaya, no es amor.*

*Cuando el amor está orando
Con amorosa atención,
Si decae, si se entibia,
Si se inquieta, no es amor.*

*Cuando en sequedad padece
Tormenta de una opresión,
Si no sufre, si no es firme,
Si se queja, no es amor.*

*Cuando el amante se ausenta
Y le deja en aflicción,
Si se acobarda y se turba,
Si se atate, no es amor.*

*Cuando tiene de sí mismo
El amor satisfacción
De que ama, de que adora,
De que sirve, no es amor.*

*Cuando en la adversa fortuna
Y en toda tribulación,
No es humilde, no es alegre,
No es afable, no es amor.*

*Cuando favores recibe
En una y otra porción,
Si los quiere, si los toma,
Si le llenan, no es amor.*

INRI

*Es la visión que sube desde el valle,
La víctima expiatoria del pecado,
El esposo que aguarda Sulamita,
El Rabí obedecido del milagro,
A quien odia el Senedrio y lo condena,
Y cuya muerte pide el populacho;
Y marchando obediente al sacrificio
Es Abel por Caín despedazado,
Es Isaac conduciendo silencioso
La leña destinada á su holocausto,
Es José con su túnica sangrienta,
Vendido por los suyos y negado.
El Gólgota está arriba, codicioso
De víctimas, sediento su pico árido
De sangre, y cayendo hasta tres veces
Bajo el leño, sube al Gólgota execrado.
Tomó del Padre el cáliz de amargura,
Y son dos cálices de miel sus labios,
Y abandona su cuerpo á las heridas,
De todas las heridas siendo el bálsamo:
Porque debe á los golpes sus mejillas,
Su espalda á los azotes inhumanos,
Su frente á la corona de azufaifa,
A la lanza alevosa su costado,
Su barba á las salivas, y su vida
A la muerte que infama á los esclavos.*

*Moribundo se acuesta en la pesada
Cruz de pino de Alep, tiende las manos
Desfallecidas y los piés sangrientos
Al filo y la vergüenza de los clavos,
Y se eleva ante el pueblo enfurecido
Como una hostia en el ara del Calvario,
Y ofrece al Dios del Sinaí su cuerpo
Y su sangre divina en holocausto.
La sed, como una brasa lo atormenta,
Y enmedio de las iras es el blanco
Donde clava sus flechas el insulto,
Y los oprobios y el dolor sus dardos.
Sobre su testa erigese el simbólico
INRI que lo proclama soberano,
Y el INRI infame escrito en tres idiomas,
Y fijado en la cruz como un escarnio,
Evoca las fatales profecías:
¡Oh Atenas de las Artes y los sabios!
¡Oh Israel, guardador de las promesas!
¡Oh Roma de la espada y los tiranos!
Mirad al Rey del mundo, y ofrecedle
El solio de vuestro Arte sacrosanto,
La excelsa majestad de vuestros ritos,
Y la épica triunfal de vuestros cánticos.*

EFREN REBOLLEDO.



Páginas de la Moda

Estos dos, de caracteres opuestos, de gustos tan diferentes, de temperamentos tan distintos, ¿serán felices viviendo unidos?

El es misántropo por inercia y por desconfianza; detesta la sociedad y la evita cuanto puede.

Ella adora las conversaciones ruidosas, las charlas alegres, los teatros y los bailes, sin que por eso busque en estos lugares ocasión de delinquir, sino solamente porque adora todo lo que produce rumor y aturde.

Y estos dos, siempre juntos ¿podrán bendecir el matrimonio?

El es avaro y no quiere confesarlo; esconde las propias rentas para lamentarse perpétuamente de su pobreza. Nada escapa á su inquisición económico-doméstica: ni la limosna á la puerta de casa, ni la luz de más que se enciende, y sus tristes lamentos por los gastos excesivos, por las excesivas compras, llenan el aire que le rodea de un olor de pobreza y de miseria.

Ella es generosa, espléndida, hospitalaria y caritativa. Quisiera gozar y hacer gozar y oír cómo todos le responden: ¡gracias, gracias! No comprende cómo se puede vivir atormentado en el presente, pensando en el lejano porvenir. Le seduce hasta la fascinación del incierto mañana. Cree en la Providencia y en la fortuna y defiende con calor á todos los desgraciados.

El se halla siempre en un estado de excitación febril ó de depresión. Dice á todos que el hombre más infeliz es el que no siente ningún entusiasmo y el más feliz el que los siente todos, confiando él en ser de estos últimos.

Ella, en cambio, es fría siempre y aborrece toda forma de entusiasmo, porque le parece una forma de locura. Detesta la poesía; desprecia el heroísmo, el sacrificio, el martirio, contentándose con decir que sus placeres son la novela y el teatro.

Y estos seres ¿vivirán siempre unidos?

Bastan estos pocos ejemplos tomados de la realidad, para que pueda formarse una idea de las infinitas desarmonías de los caracteres que pueden darse en la asociación del matrimonio.

¿Cómo haremos, pues, para defendernos del peligro de una incompatibilidad de carácter?



FIG. 3.—SOMBRERO ELEGANTE.

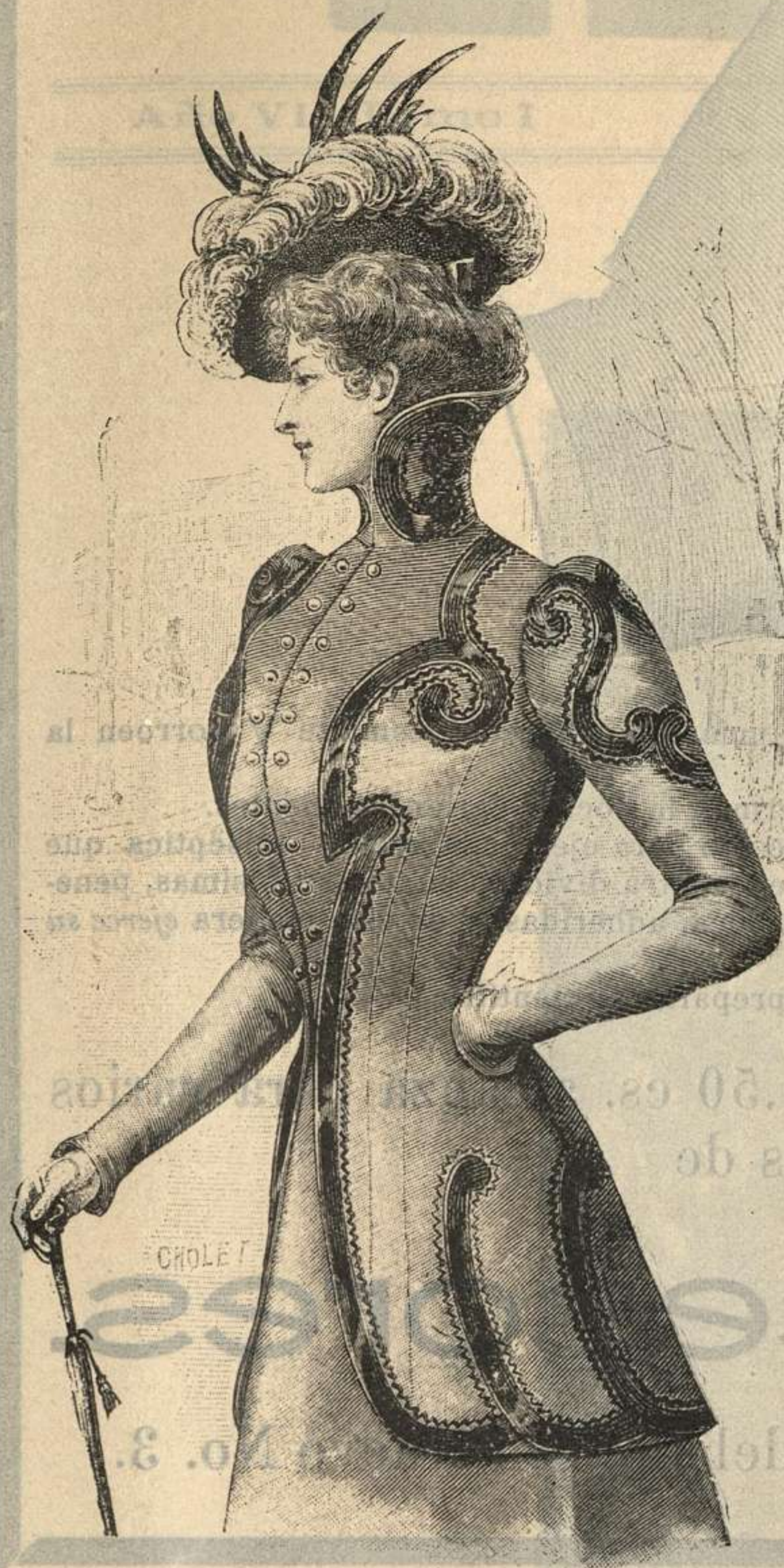


FIG. 1.—TRAJE DE CALLE.



FIG. 2.—OTRA TOILETTE DE CALLE.

LECTURA PARA LAS DAMAS

La incompatibilidad de caracteres en el matrimonio.

DESARMONIAS.

La incompatibilidad de caracteres ha sido juzgada con razón por los legisladores como causa bastante de divorcio.

Esta desarmonía de los sentimientos tiene muchas y variadas formas, pero en el fondo hay siempre este esqueleto: «lo que á mí más me agrada á tí te desagrade, lo que á tí te alegra á mí me hace sufrir.»

La mujer es un armiño que se deja matar antes que atravesar un campo nevado manchado de fango.

En el hombre, por el contrario, como en el chimpancé, no hay parte alguna de su cuerpo ni de su alma que no ame el fango.

¿Cómo pueden vivir juntas estas dos criaturas?

El es optimista hasta el cinismo, egoísta hasta la adoración de sí propio, y tiene como divisa: *apres moi le déluge.*

Ella es pesimista por haber puesto tan alto el propio ideal, que ninguna mano humana puede tocarlo. No puede vivir una hora sin amor y sin dedicar un pensamiento, un acto, un sacrificio, al bien de cualquiera.

¿Cómo han de vivir unidos?

El no ha sentido nunca la necesidad de lo sobrenatural y no cree ni en Dios, ni en el alma.

Ella ha nacido mística, y la educación materna la ha hecho religiosa y supersticiosa. Tiene una gran tendencia al ascetismo.

¿Cuándo pueden ser felices estas dos criaturas?

El es franco, expansivo hasta la imprudencia, y por otra parte, impetuoso hasta la cólera. Dice pronto y en alta voz lo que piensa, y reniega, sin perjuicio de olvidar una hora más tarde el temporal que se ha desencadenado dentro de él.

Ella está cerrada con siete llaves, y tímida y desconfiada, expresa siempre la décima parte de lo que siente, temerosa todavía de aquella avara expansión. Delicada como una sensitiva, se apena si encuentra por obstáculo un grano de arena. En todo ve una ofensa, una falta de cariño; en todo sospecha el mal, y en el bien busca con celo inquisitorial las intenciones perversas.

De una sola manera: estudiando y reestudiando el carácter de aquella á quien queremos hacer compañera de la vida.

NUESTROS GRABADOS

FIG. 1.—OTRA TOILETTE DE CALLE.

También de sarga de lana formando gran casacón, merced á aplicaciones amplias de cintas de seda, en corvada en guía. Gran botonadura central en el cuerpo.

FIG. 2.—TRAJE DE CALLE.

Toilette de sarga fina de lana gris acero con aplicaciones de la misma en forma de capelina, cuello y cinturón. Elegantes botonaduras laterales en la falda.

FIG. 3.—SOMBRERO ELEGANTE.

Gran sombrero de fieltro. La falda redonda, lleva toda aplicaciones de avestruz. La copa está completamente drapeada de satén, en caprichosos fruncidos y bordado de cadenilla de seda. Hacia atrás, á la izquierda, un penacho formado por dos hermosas plumas de avestruz.

OTRO PAGO DE \$2 000 DE "LA MUTUA."

EN MEXICO.

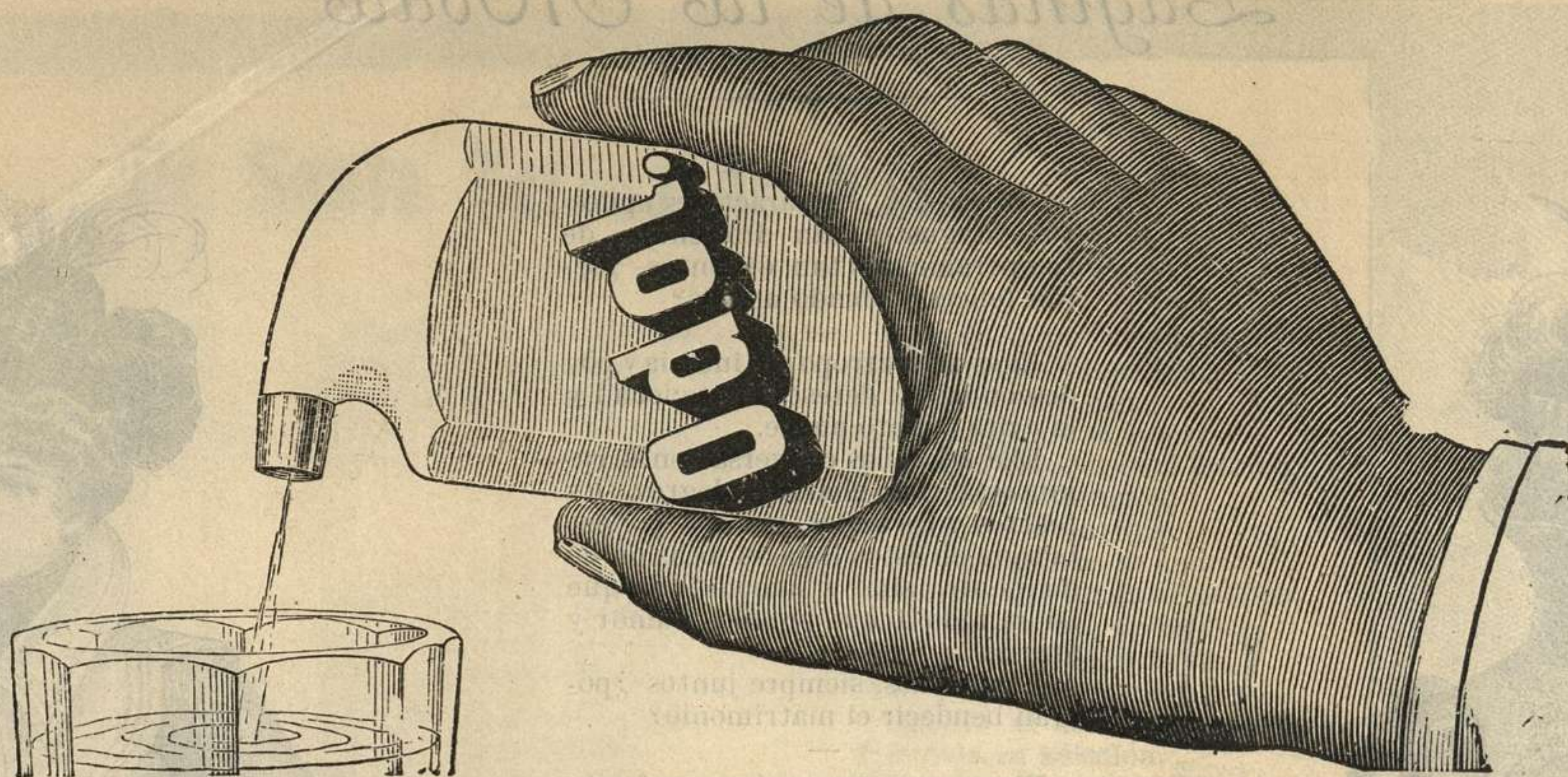
Timbres por valor de \$2.00 debidamente cancelados.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York» la suma de (\$2,000) dos mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 810,628 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado hermano Don James Devereux, y para la debida constancia en mi carácter de beneficiaria nombrada en la póliza, extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en el mineral de El Oro, E. de México, á 10 de Febrero de 1899.—Firmado.—John Devereux.—Rúbrica.

Un timbre de \$0.50 cs. debidamente cancelado.

El Juez que suscribe, certifica: que hoy compareció ante mí el Sr. John Devereux y previa lectura del recibo anterior, lo certifico en todas sus partes reconociendo como suyo, de su puño y letra la firma puesta al calce y que expresa su nombre. Y firmó esta certificación. El Oro, Febrero 10 de 1899.—Doy fe.—Firmado.—Trinidad G. Trufillo.—Rúbrica.—A. P. Vieyra.—A. Lucio Corea.—Rúbricas.

EL MEJOR DE TODOS LOS DENTIFRICOS



PORQUE enteramente distinto de todas las otras aguas, polvos, pastas y jabones, no contiene sustancias que alteren el esmalte y corroen la dentadura.

PORQUE dotado de propiedades antisépticas, impide el desarrollo de todos los microbios que enferman la boca y carien los dientes.

PORQUE todas las demás preparaciones no permanecen en la boca sino un tiempo excesivamente corto para ejercer la acción antiséptica que pudieran tener, en tanto que el ODOL que forma con el agua una emulsión en la que se encuentra dividido en gotas finísimas, penetra en todas las cavidades, quedando á ella y todas las membranas de las encías y de la boca, adheridas, y de esta manera *ejerce su acción por muchas horas.*

PORQUE su uso produce una sensación de agradable frescura, que no se obtiene en ninguna otra preparación dentífrica.

El ODOL es sumamente barato. Un frasco que vale \$1.50 cs. alcanza para varios meses. Se halla de venta en el afamado Almacén de Drogas de

José Uihlein Sucesores.

Calle del Coliseo Nuevo No. 3.

Cura la anemia, el linfatismo, tuberculosis, convalescientes y enfermedades del corazón en general

EL VINO DE

= SAN GERMAN =

Fórmula del Dr. Latour Baumetz, de Paris.

Véase en toda la prensa de la República los certificados de los más ilustres Profesores y Médicos.

DE VENTA

EN MEXICO: Droguería de Carlos Félix y C^o. Droguería de Plateros. Droguería Belga. Almacén de Drogas de J. Uihlein Suc. Droguería de Manuel Méndez. Droguería de Tacuba. Droguería de Zuleta. Droguería del Seminario. Droguería de Santa Catarina. Droguería de la Joya. Almacén de Drogas de B. y L. Grisi, etc.

EN PUEBLA: Droguería y Botica Francesas.

GUADALAJARA: R. Berruero y C^o.

OAXACA: Tolis y Renero y Cervantes y Varela.

VERACRUZ: S. Serralta. S. Muler y C^o.

TAMPICO: J. Solórzano. Felipe González.

MORELIA: M. Sunderland. Anastasio Mier.

TOLUCA: L. Fernández Hno. Castillo y Uribe.

SAN LUIS POTOSI: Rafael Radríguez y C^o.

ACAPULCO: Botica de la Salud.

GUAYMAS: A. Wallace.

HERMOSILLO: B. Suárez.

CIUDAD JUAREZ: Calderón Hnos.

CHIHUAHUA: Carlos Culty.

MONTERREY: Ed. Bremer y C^o.

MERIDA: P. Peniche y Hno. Pedro Capetillo Alvarez. Carlos Guzmán O. P. Cámara é Hijos. B. Cano y C^o.

ZACATECAS: Agustín Alvarez.

SALTILLO: Juan D. Carothers. José María Rodríguez. R. Rodríguez y C^o y en todas las principales ciudades de esta República.